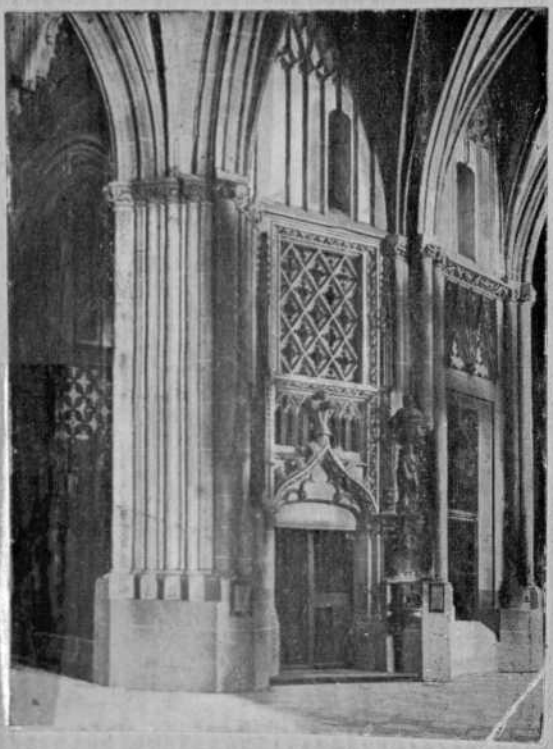
1321-1921

Libro del VI Centenario de la S. I. Catedral de Palencia



S.P-33

1321-1921

LIBRO DEL VI CENTENARIO DE LA S. I. CATEDRAL DE PALENCIA

sig 4819

Excmo. e Ilmo. Sr. Dr. D. Ramón Barberá y Boada
Obispo de Palencia

4819

R.-2860.

1321-1921

LIBRO DEL VI CENTENARIO DE LA S. I. CATEDRAL DE PALENCIA

PUBLÍCALE LA COMISIÓN ORGANIZADORA

FOTOGRAFÍAS SANABRIA, VIELVA Y ALONSO
FOTOGRABADOS DE FURNELLS

BIBLIOTECA PÚBLICA PALENCIA

PALENCIA
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE AFRODISIO AGUADO
MAYOR PRINCIPAL, 130-136

Las fiestas y solemnidades religiosas, artísticas y literarias, con que Palencia ha recordado que en el año de 1321, rigiendo la Cristiandad el Papa Juan XXII, reinando en Castilla y León el rey Alfonso XI y gobernando la Diócesis de Palencia Don Juan II, se puso la primera piedra de esta Iglesia Catedral, joyel de la piedad y del Arte castellanos, han sido tan suntuosas y exquisitas, dentro de una digna y grave sobriedad, que la Comisión que se encargó de organizarlas se ha creído en el deber de dejar de ellas la memoria de este libro.

Sin auxilios oficiales ni ofrendas particulares, horros de toda cooperación que no haya sido el subsidio del Obispo y el del Cabildo y los más modestos de la Diputación Provincial y el Casino, la pobreza de los recursos con que ha contado la Comi-

sión ha sido parte a que, simplificadas y limitadas las iniciativas, las fiestas de este Centenario hayan ganado en concisión entonada y en selección discreta cuanto hubieron de perder en ruido, afectación y abigarramiento, que suelen ser los resultados de la abundancia económica.

La Comisión, debatiéndose en tal exigüidad monetaria, no hubiese podido publicar este libro. El providente entusiasmo del Excmo. Sr. D. Ramón Barberá, nuestro amado Prelado, ha allanado las dificultades.

Gracias a él perdurará el recuerdo de aquellas festividades religiosas en que llegaron a los términos de la sublimidad la liturgia y la elocuencia; de aquella Velada literario-musical que arrobó el auditorio con la erudición y belleza de los discursos y con la delectación de las más preciadas y desconocidas composiciones musicales de los pasados siglos; de aquella ceremonia de la lápida conmemorativa en la que, como si presintiese su próximo fin, tembló de emoción inspirada la voz del Cardenal Prima-

do de Toledo, los mejores años de cuya vida transcurrieron en la silla episcopal de Palencia; de aquella, en fin, Exposición Diocesana de Arte Retrospectivo, exhibición sin par, cualquiera de cuyos objetos serviría para blasonar una Raza y una Historia en su singular magnificencia.

Si esta Crónica que damos a la estampa enfervoriza a los diocesanos palentinos en el amor y admiración hacia su Catedral y hacia el arte de Castilla, se habrán cumplido bien nuestros deseos.

La Comisión Organizadora.

La lápida conmemorativa

(Proyecto del arquitecto D. Jacobo Romero)

CRÓNICAS

DE LAS FIESTAS CELEBRADAS EN PALENCIA CON MOTIVO DE LA CONMEMORACIÓN DEL VI CENTENARIO DE LA COLOCACIÓN DE LA 1.ª PIEDRA DE LA S. I. CATEDRAL

1.º DE JUNIO 1321 — 1.º DE JUNIO 1921

Mis primeras palabras, lector amable, sean portadoras del saludo más cariñoso, y mis respetos, aquél y éstos completamente auténticos; que bien lo merece quien me haga el desinteresado e inmerecido obsequio de interrumpir sus trabajos para tomarse el, no pequeño, de abrir las puertas de su atención al enfermizo y desmedrado producto de una inteligencia mediocre, en el que tiene cabal realidad aquella humorística y burlona definición del Diccionario: «es un libro muy grande en el que se encuentran todas las palabras menos la que se busca».

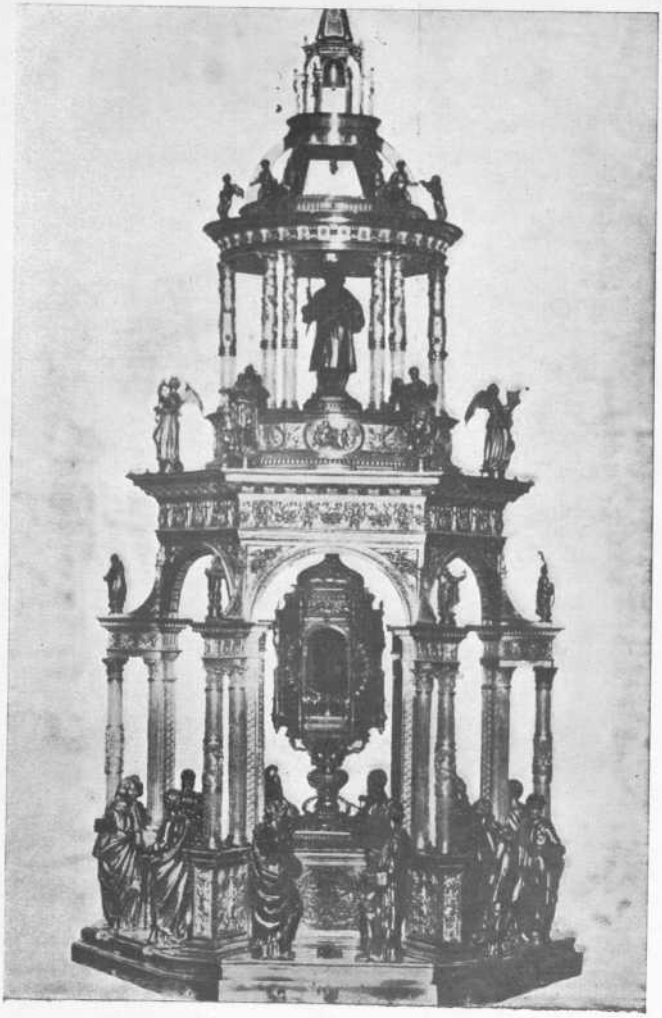
Pronto habrá de persuadirse el que leyere que las afinidades no pueden ser mayores, y que la

única diferencia es de volúmen, o sea, puramente accidental: porque en lo sustantivo bien pudiera afirmarse que esta Crónica se ajusta a la tal definición como anillo al dedo.

Cumplido ya este deber, prolegómenos de la más elemental educación, y constándote también, la advertencia, leal y sincera, eso sí, la cual, seguramente ha de remover en tu memoria el recuerdo de aquel inglés del cuento, del que se dice que, cuando pescaba a caña, no quería poner cebo en el anzuelo, «para que los peces no se pudiesen llamar a engaño», acometo yo la empresa, haciendo mía la expresión del hijo de la rubia Albión, traducida en términos acomodados al caso presente, y en descargo de mi propia conciencia: «yo no engaño a nadie, el que quiera leer que lea».

***

En el número de la revista «La Propaganda Católica», correspondiente al día 22 de Agosto de 1920, publicó el M. I. Sr. D. Eugenio Madrigal, Arcediano de la S. I. Catedral de Palencia, un interesante artículo, titulado: «El VI Centenario de la



Custodia de Juan de Benavente (1585) de la Catedral

Catedral Palentina», el cual terminaba con las siguientes palabras, que copio a la letra porque son el origen de cuanto ha de ser objeto de esta Crónica:

«¿No sería de grande oportunidad y señalada demostración de sentido amor a nuestras glorias tradicionales, la celebración del VI Centenario de la colocación de la primera piedra de nuestra «Hermosa desconocida», que de tal me he permitido muchas veces calificar a nuestra bellísima y rica Catedral?... ¿sería conveniente ir ya pensando en ello?...»

El granito de mostaza cayó en terreno bien dispuesto y germinó latente, hasta que con fecha 6 de Noviembre del mismo año, salió a flor de tierra, lozano y pujante, transformado en convocatoria para una reunión magna que bajo la presidencia de nuestro Excmo. y Rvdmo. Prelado, y dispuesta por él, se celebró dos días más tarde en el Palacio Episcopal, con asistencia de las autoridades y representaciones de las Ciencias, las Letras y las Armas.

Allí se trató de conmemorar lo más solemnemente posible el VI Centenario de la colocación de la primera piedra de nuestra Catedral, idea aceptada con entusiasmo por todos, después de breve y substancioso discurso del Rvdmo. Prelado, verdadero mantenedor en aquellos Juegos Florales

con que los hombres del primer tercio del siglo XX trataban de festejar en feliz recordación la fe y el genio artístico de hombres de ya pasadas seis centurias.

El deseo de conmemorar tal acontecimiento se adueñaba, triunfador, de todos los concurrentes, deslumbrados con reflejos de nunca soñados resplandores.

El Excmo. Sr. D. Abilio Calderón ofreció interesarse cerca del Gobierno de S. M. a fin de lograr una subvención oficial que permitiese dar mayores impulsos a la benemérita obra que se proyectaba llevar a cabo y cuyo presupuesto no sería costoso.

El lunes, 17 de Enero, tuvo lugar, también en el Palacio Episcopal y bajo la presidencia del Prelado, otra reunión «a fin de continuar los trabajos preparatorios», y su resultante principal fué constituir definitivamente la Junta encargada de organizar las fiestas que con el ya sabido motivo se habían de celebrar cinco meses más tarde.

Esta quedó formada por todas las autoridades, representantes en Cortes que residen en Palencia, presidentes de las entidades principales de nuestra querida ciudad y directores de periódicos.

Para repartir los trabajos, se acordó subdividir la Junta en tres Comisiones: *1.ª De recaudación de fondos. 2.ª De festejos populares. 3.ª De actos religiosos y artístico-literarios.*

De la primera formaban parte el Excmo. y Reverendísimo Prelado (que también ostentaba la representación de las demás Comisiones), Sres. Alcalde de la Capital, Presidente de la Diputación, Presidente del Cabildo Catedral, Presidente del Casino, Presidente de la Federación Católico-Agraria y el Delegado de Hacienda.

A la segunda pertenecían los Sres. Gobernador Civil de esta provincia, Gobernador Militar, Presidente de la Audiencia, Presidente de la Cámara de Comercio, Presidente de los Sindicatos Católico-obreros, Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País y el M. I. Sr. Rector del Seminario Conciliar de esta ciudad.

La tercera estaba constituída por los Sres. Presidente de la Comisión provincial de Monumentos, Director del Instituto, M. I. Sr. Arcediano de la S. I. Catedral, Delegado Regio de Enseñanza, Delegado Regio de Fomento, Delegado Regio de Bellas Artes, Arquitecto Diocesano, Excmo. Sr. Don Juan Polanco, Senador del Reino, M. I. Sr. Secretario de Cámara del Obispado y el Encargado del Archivo Diocesano.

Estos señores fueron los encargados de dar forma y llevar a efecto los proyectos de fiestas, dentro, naturalmente, del marco de los recursos con que en la actualidad se contaba y los que se pudiesen sumar *in tempore oportuno*.

El Excmo. Prelado había ofrecido para ese fin la respetable cantidad de *cinco mil pesetas*; y sobre esta base y lo que se esperaba recaudar de otras entidades se expusieron ideas muy oportunas que, poco a poco, habían de concretar las respectivas comisiones designadas para estudiar asuntos tan complejos.

En 26 de Febrero de 1921, y también bajo la presidencia del Excmo. Prelado, re reunió la Comisión de actos religiosos y artístico-literarios con el fin de cambiar impresiones.

Y se habló largamente: solemnidades extraordinarias en el Templo Catedral, celebración de una gran velada; exposición de arte religioso retrospectivo; iluminación en la fachada Sur de la Catedral y su torre, y... hasta se apuntó, aun muy tímidamente, y sólo como anhelo ilusorio, la idea de una cabalgata histórica.

Pero desprovistos de la suspirada subvención oficial, con verdadero interés solicitada y con la mejor voluntad apoyada, pero que fué denegada con toda delicadeza y tal copia de razones que no dejaban esperanza alguna, y que completamente nos barrieron los arrestos para decidirnos a repetir la suerte, nos quedamos abandonados a nuestras solas y no grandes fuerzas, dada la magnitud de la empresa en que con la mejor voluntad nos habíamos metido.

La frase «no hay dinero para empezar» resonó fatídica, haciendo bambolear aún lo que nosotros creíamos ya firme; y momentos hubo en que amenazaba ruina todo el edificio; pero lo que no pudo salvarse fué, precisamente, lo más sugestivo: la iluminación y la cabalgata... ¡hubimos de renunciar a una visión de ensueño, y a la representación de un cuadro histórico!

Entre nosotros parecía flotar la sombra de V. R. de Aguilera que entre sarcástico y burlón nos iba diciendo al oído, pero clara y terminantemente:

«En el árbol de mi vida
las ilusiones cantaron;
tiró el dolor una piedra,
¡ay de mí...! todas volaron...!!

Y el dolor estaba representado por la falta de elementos; algo así tan necesario como lo es el aire para la vida...

Por fin, se acordó en firme la celebración de una Exposición de Arte religioso-retrospectivo, que había de instalarse en la Sala Capitular de la S. I. Catedral, y en su Claustro, si fuese necesario.

Con este objeto se dirigió una carta-circular a los Sres. Párrocos, suplicándoles que coadyuvasen

a los trabajos de la citada Comisión, pues, naturalmente, la exposición había de formarse no solamente con los objetos que atesora la Catedral, aunque son muchos y muy valiosos, sino que habían de reunirse, también, elementos de la Diócesis.

Se acordó, así mismo, hacer en su día la tirada de un número extraordinario de «La Propaganda Catolica», del que haré especial mención en otro lugar de esta crónica, y colocar una lápida conmemorativa del suceso, objeto de las deliberaciones y anhelos de todos los que nos creimos en el deber de poner a contribución nuestros entusiasmos de palentinos, de amantes del arte y devotos admiradores de las bellas páginas de la historia de nuestra amada patria chica.

Veinte días más tarde, S. E. nuestro Prelado, citó para otra Junta que, como las anteriores, y bajo su presidencia, se reunió en Palacio «con objeto de proseguir los trabajos preparatorios para la proyectada conmemoración.»

Entonces quedó definitivamente acordada la celebración de los actos ya citados, y se tiraron las primeras líneas de los que habían de celebrarse en la S. I. Catedral, actos religiosos que formaban la parte sustantiva de las fiestas; tratándose también de una gran velada literario-musical, en el Teatro Principal de esta ciudad.

Viril de la Custodia de Juan de Benavente (1585)
de la Catedral

A partir de esta fecha quedó encargada de todos los trabajos preparatorios la Comisión de actos religiosos y artístico-literarios, la cual se reunió por primera vez y cuenta propia, en la noche del 18 de Marzo, en el domicilio particular del Sr. Arquitecto Municipal y Diocesano, quien, delicadamente, como él sabe hacerlo, nos ofreció su casa para aquella ocasión, y para cuantas veces en lo sucesivo hubiéramos de reunirnos; ofrecimiento que inmediatamente y «*nemine discrepante*» fué aceptado y utilizado cuando fué necesario, circunstancia que se repitió con frecuencia.

Al llegar aquí me encuentro dulcemente detenido por la necesidad de rendir a D. Jacobo Romero el testimonio de nuestra gratitud, debido en justicia, por atención tan delicada, unida a otras muchas que nos dispensó, a las que la Comisión entera se considera obligada.

Allí como en familia, en sucesivas y frecuentes reuniones, apuntábanse proyectos, surgían dificultades, se discutían medios de ataque y defensa, hasta que, vencedores, o vencidos por el enemigo capital de nuestra empresa «la falta de dinero» (sea dicho con toda franqueza) nos despedíamos, desalentados, o llenos de esperanza; pero siempre amigos, señalando día para la próxima, que si no tenía lugar al siguiente, no se encontraba, ni con mucho, lejos de nosotros. Y volvíamos a reunirnos

los mismos y en el mismo sitio; y salían a relucir petacas, pitilleras y encendedores, aquéllas de todas marcas y éstos de todos sistemas; y entre bocanadas de humo y algún que otro donaire, sal y pimienta de las reuniones de aquella minúscula asamblea, sobre la que pesaba todo el trabajo, íbase ultimando el Programa de fiestas cuya suma de gastos había de ir paralela, cuando más, a la de ingresos, representada por las *cinco mil pesetas* ofrecidas por suestro Rvdmo. Prelado, *otras cinco mil* del Excmo. Cabildo Catedral, una subvención de *doscientas cincuenta pesetas* de la Excma. Diputación Provincial, otra de *cuatrocientas pesetas* de la Sociedad «Casino de Palencia» y... lo que pudiese resultar de la venta del número extraordinario de «La Propaganda Católica» (que no ascendió a considerable cantidad...) y lo que pensábamos sacar como producto de la venta de billetes de entrada a la Exposición (que fué menos), no habiendo otras posibilidades porque ya estaba decidido que la entrada en el Teatro había de ser por invitación, como así, puntualmente, se verificó.

Por fin, tras mucho discutir, proponer medios, muchos de los cuales quedaban pronto desechados por no encontrar absolutamente ninguna sólida base donde poder apoyar su realización, salió *la lista grande* y ésta fué el Programa definitivo de fiestas, verdaderamente interesante, (la verdad en

su lugar) dentro de la modestia en que nos veíamos precisados a encerrar nuestros anhelos que si parecían grandes, cuando resultaban irrealizables, «como la dicha que se perdió», cuando veíamos ya próxima la realización de lo único que resultó factible, eran aún más grandes.

«Como la dicha que se espera...»

. . . . . .

(Ensueños).

Cáliz gotico-florido, de Villasirga

PROGRAMA

DÍA 4 DE JUNIO

A las 12 repique general de campanas; recorriendo la Banda Municipal de música las calles de la población, precedida de los gigantones.

DÍA 5

Mañana.—A las siete, diana por la Banda de música; a las diez solemnísima Misa Pontifical, predicando en ella el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Salamanca; a continuación solemne Te Deum en acción de gracias.

Tarde.—Solemne exposición de S. D. M. a la pública adoración de los fieles; Estación y Rosario; Sermón a cargo de un Excmo. Prelado (que fué sustituído por el M. I. Sr. Magistral de esta Santa Iglesia Catedral), y Reserva del Santísimo Sacramento.

DÍA 6

Mañana.—A las once descubrimiento de una lápida conmemorativa (proyecto del Sr. Arquitecto Diocesano) e inauguración de la Exposición de

arte retrospectivo religioso, con asistencia de la Banda de música.

Tarde.—A las siete, velada literario-musical en el Teatro Principal, en honor de nuestros ilustres huéspedes, de las autoridades y pueblo de Palencia (entrada por invitación).

El Programa, pues, era ya un hecho; pero la premura de tiempo surgía ante la Comisión, amenazadora, como un fantasma; más aún, como una fiera de uñas de acero y corazón de piedra que, *por vía de distracción,* se complacía en agitar el aire formando el huracán furioso de una tempestad, contra la que no hay sociedades de seguros, y que muy seriamente se nos venía encima: las poquitas hojas que le quedaban al Calendario hasta llegar a la fecha designada para las fiestas, y anunciada ya a los cuatro vientos.

No había tiempo que perder. Todo estaba ya dispuesto para las excursiones. Y salimos a recoger los elementos que habían de servir, con los que atesora nuestra Catedral, (que si no es la «dives toletana», tampoco necesita pedir a préstamo) para formar más que decorosamente una Exposición, los cuales se hallaban en pueblos, algunos de insignificante importancia, diseminados por la Diócesis: aquí una cruz o un cáliz, allí una custodia, más allá un porta-paz; al Poniente un marfil, al Oriente unas *tablas castellanas,* ricas en colorido,

como las bellísimas producciones del arte flamenco; en este arciprestazgo ricos ornamentos con inimitables bordados, en el otro algunas tallas de irreprochable corrección anatómica, y por todas partes objetos, de grandísimo interés artístico, pues la Comisión huyó de la vulgaridad de formar un *Almacén*, tarea muy fácil; y quiso formar una *Exposición:* y lo consiguió, como podrá ver magistralmente demostrado en otra parte de este libro el que leyere; y esto es tan cierto que, con más dinero y más tiempo, hubiéranse podido reunir en Palencia elementos para una Exposición digna, no sólo de nuestra Diócesis, sinó del mundo que ama y siente el arte.

Perdóneme el lector si le he detenido y sigamos nuestro camino, momentáneamente abandonado. Comenzaron y sin interrupción se siguieron las «salidas». *Autos* y camionetas rodaron en marcha de carrera de resistencia, cruzando en mil direcciones los campos, a la sazón en flor; ahuyentando a los animales que pacían, tranquilos, junto a las cunetas; azuzando a los perros, que insistentes y porfiados, desmentían su tan ponderada *inteligencia* al tratar de seguir, ladrando rabiosamente, aquellos carruajes que tan rápidamente desaparecían entre las arboledas, o detrás de los cerros, para aparecer minutos más tarde en pueblos muy distantes.

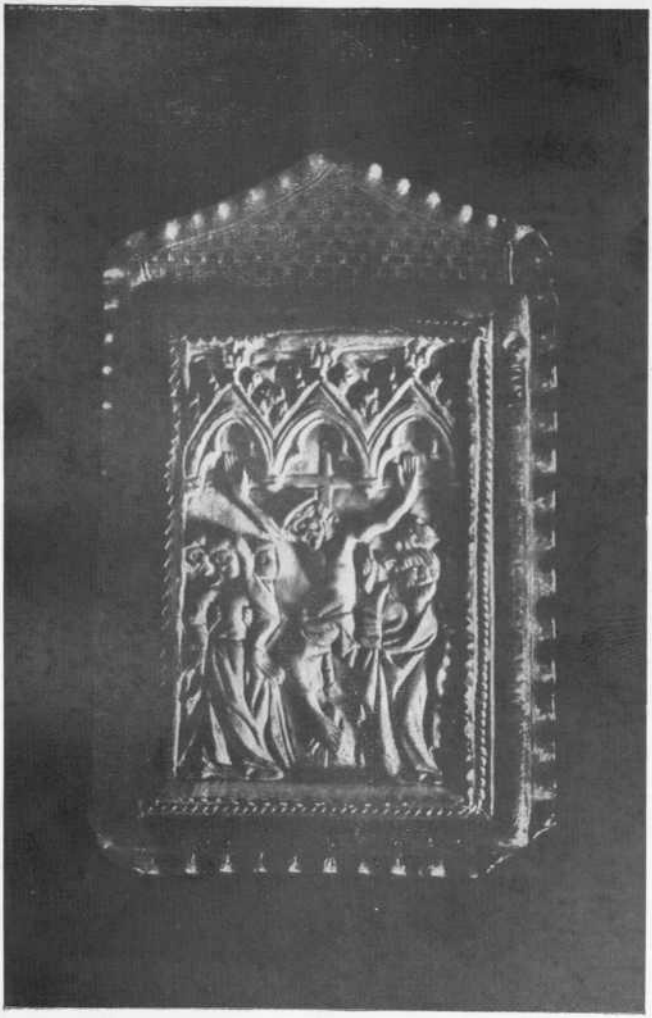
Los trigales, mecidos por el vientecillo del atardecer, se inclinaban jubilosos, como en saludo de *hermanos,* al paso de las obras de arte; hermanos, sí, porque las grandezas de la creación en el campo y en la mente; los productos de la naturaleza y los del genio, reconocen todos, cada uno en su escala, el mismo principio, la sabiduría infinita de Dios, que sabe producir la planta y la flor en la pradera y que enciende y aviva la llama del genio en el hombre. *Autos* y camionetas rodaban, y pasaban casi volando, mensajeros de un acontecimiento venturoso, e incansables, como abejas en lo más intenso de su labor... ¡pronto reunieron en Palencia los riquísimos elementos para formar el divino panal del arte: la Exposición!

. . . . . .

Cuando al hogar se regresa después de larga ausencia, es costumbre, nacida de gratitud, escribir saludando a los que nos ofrecieron sus afectos; pero de modo muy singular, a cuantas personas nos sentimos más particularmente obligados porque de ellos se ha recibido algún obsequio, o en alguna ocasión nos sirvieron prestándonos algún favor de importancia.

Créome yo, en nombre propio, y de toda la Comisión, en el caso de ofrecer *públicamente* el testimonio de nuestro más sincero agradecimiento a cuantos desinteresada y caballerosamente nos

ayudaron en la empresa: a los Sres. Arroyo y Gallego que, repetidas veces nos prestaron la camioneta que tienen a su servicio en los *Talleres de Palencia;* a los Sres. Ingenieros de Obras Públicas y de la Granja Agrícola, que de igual forma nos favorecieron, *gratis*, y, hasta en ocasiones, costándoles el dinero que hubieron de invertir en reparaciones.



Porta-paz gótico, de San Cebrián de Campos

SOL EN EL ZENIT

Está el cronista completamente persuadido de que las fiestas religiosas son las únicas que en esta tierra son capaces de hacer sacudir la modorra, y brotar el agua en las mismas canteras del páramo. Y hasta lo que pomposamente llaman «Fiesta nacional» o *espectáculo taurino*, reconoce su principio, o por lo menos, encuentra pretexto en esas mismas fiestas; prueba evidente de que tal es nuestra pervertida condición que se dá el caso de entretenerse con juegos, más que malabares, a la sombra misma del árbol de la cruz.

Y esto no es de ahora. Corría el año 1742 y en Frómista se celebraron solemnes fiestas en honor del glorioso San Telmo: una de ellas (hubo también comedias, danzas y mojigangas) fué la corrida de dos toros y dos novillos; uno de ellos, al regresar a su dehesa, se enfureció y *despanzó* una yegua de un vecino de Itero de la Vega, (archivo pa-

rroquial de Frómista). Podría aducir una larga serie de *documentos;* pero ni es del caso, ni hay que convencer a nadie de lo que está plenamente persuadido.

Resulta, pues, cosa demostrada que en la ciudad y en los pueblos, para alegrarse, es necesario oir el sonido de las campanas.

Yo he presenciado muchas veces esas simpáticas fiestas pueblerinas, ya tradicionales, que en el fondo encierran mucha poesía, con las que los hijos de esta región celebran el Santo de su Patrono o del titular de su parroquia; y son de ver y de admirar los cuidados, diligencia y esmero con que, a la manera de los judíos cuando se praparaban y disponían lo necesario para celebrar la gran fiesta de los Tabernáculos, se disponen ellos para tan fausto acontecimiento, esperado con verdadero anhelo por todos. Y todo es allí regocijo y alegría que los hace olvidar, por un día siquiera, las angustias y penalidades de su vida, hecha girones entre los espinos que, bravíos, crecen y se perpetúan en aquellas tierras, esteparias en su generalidad, donde toda incomodidad tiene su asiento, honradísimos y laboriosísimos pueblos, de muchos de los cuales pudiera asegurarse sin ofensa alguna para ellos, que son los primeros en sufrir, que si nunca fueron, que se sepa, *Itálica famosa,* camino llevan de no salir nunca de su triste condición de

«Campos de soledad
mustio collado...»
(Rodrigo Caro.)

Pero llega el gran día, la fiesta del pueblo; suenan alegres las campanas, aunque estén rotas, y a divertirse tocan. Antes que las campanas, sonó la música de las rondallas de los mozos; y confundidas con las notas del bronce *estallan* las de la dulzaina, que sigue implacable y feroz todo el día; ¡¡qué modo de hacer sonar la gaita...!!

El hombre primitivo no aventajaría en resistencia a estos pulmones de acero, capaces de encender las fraguas de Vulcano.

La gente joven viste de gala; ellas sus vestiditos nuevos; los mozos sus pellizas y cazadoras de buen paño, esmeradamente cuidadas, cuando no son nuevas, por la madre o por la hermana; relumbran coruscantes algunas cadenas de reloj, adquiridas en la feria última, y guardadas como oro enpaño en el fondo de arcas que *chillan* cuando está la lluvia próxima; algún que otro mozalbete extiende disimuladamente la mano, en uno de cuyos dedos brilla un anillo adornado con pedrería de similor. Hacen bien; la cadena de oro falso y el anillo de piedras de vidrio tallado adquieren entonces, a mi juicio, su positivo valor, porque sirven al fin a que fueron destinados: ilusionar a quien lo lleva.

Salen los casados ataviados como en el día en que recibieron las bendiciones nupciales; y los ancianos, para los que no pasan las modas, parecen personajes de época; pudiera estudiarse en ellos un cursillo de indumentaria. Todos asisten a Misa mayor, excepción hecha de un escaso número de enfermos, y alguna que otra señora de casa que en la suya se queda ultimando detalles; y todas las cocineras o *guisandoras* (según los casos) dedicadas entonces a las importantes faenas propias de su oficio y condición; pero todas ellas, eso sí, asistieron a misa primera celebrada por el predicador o por alguno de los sacerdotes de pueblos vecinos que llegaron muy de mañanita al pueblo, requeridos por el Sr. Cura del lugar con ese fin, previsión que le acredita de hombre prudente y deseoso de que sus feligreses piensen, ante todo, en Dios, único objeto digno de nuestros corazones.

El Santo Sacrificio ha terminado; los que asistieron salen regocijados y sonrientes haciendo elogios del sermón, ponderando el timbre de voz del que cantó los solos del Gloria y del Credo y haciéndose lenguas de las magníficas ropas que son una preciosidad (y suelen acertar); en fin, todos van saliendo satisfechos; y como la satisfacción es algo que también se trasmite, por todas partes se ven rostros en los que se reflejan la alegría y el contento.

Luce colgaduras la ventana central de la fachada de la Casa Ayuntamiento; varias otras se engalanan con airosos ramos, desgajados, la noche anterior, de una chopa de la carretera, y colocados por manos que en uno de ellos dejaron, colgada de una cinta de seda color fuego, una enorme rosquilla bañada, a la que quisieron dar forma de corazón y que más bien parece un escudo de la época romana; de otros ramos, más modestos, penden naranjas; y de todos ellos, sin excepción alguna, pruebas sinceras de profundo afecto que bien sabe agradecer quien se considera objeto de tan fina y particular atención.

Blanquean las fachadas recientemente encaladas, adornadas con lunares de diversos colores, *motivos* que en algunos pueblos se llaman *peras;* por las puertas entreabiertas y las ventanas bajas. sale un confortable tufillo a viandas en preparación; pero suele acontecer que mientras amas de casa y cocineras salen presurosas, atropellándose, al portal, atraídas por el campanilleo de las tartanas y tílburis que van llegando, los gatos, atisbadores y traicioneros, aprovechan aquella ocasión convirtiendo la cocina en campo de operaciones en el que cometen en pocos instantes mil desmanes, mordisqueando el alón del pollo que mal cubierto les incita desde el asador, lamiendo el plato de las natillas, y ¡¡horror!! metiendo su inmundo

hocico de maligna bestezuela en el flan que tanto gusta al señorito de la vecina aldea.

Comen los chicos a todo pasto buñuelos preparados en la plaza al aire libre en hornillos que se convierten en pebeteros de aceite hirviendo que envenenan el ambiente; chupan otros, más afortunados, enormes *puros* de caramelo color sangre de toro; fuman los chavales cigarrillos y puros *de verdad;* todos los bolsillos están ocupados por avellanas, confites, almendras y cacahuets, en descuidada promiscuidad; hasta los ancianos, venerables y achacosos, entre toses y renqueos, se entretienen en abrir piñones tostados, con el auxilio de la navajilla, de la que también se sirven como suplemento a su desportillada dentadura, si es que de ella queda algún recuerdo, para ayudarse a mondar los huesos del asado.

Los últimos rayos de luz de la tarde, esa luz engañadora, alumbran las últimas cabriolas de la ota que se baila en la pradera, o en la plaza, circunstancia ésta que depende del estado atmosférico; cesa la dulzaina de acribillar los oídos con sus notas estridentes, y se inicia el desfile por parejas, al principio, algo después, por grupos, cerrando la marcha unos cuantos rezagados que hablan de algún negocio de importancia. Y todo se prepara para la noche. Después de cenar cosas demasiado fuertes con ganas demasiado débiles porque la co-

Estatua de San Juan, de alabastro, de la Basílica visigoda de San Juan, de Baños

BIBLIOTECA PÚBLICA
PALENCIA

mida no se ha interrumpido en casi todo el día, quédanse los abuelos charlando un ratillo de cosas que acontecieron en tiempos de Narváez; acomódanse en rededor de las mesas los jugadores de mus, la brisca o el tute, (los tresillistas forman en otras filas), mientras en las cuadras relinchan los caballos y rebuznan los asnos, no encontrando manera más correcta de enviar un memorial a sus respectivos dueños que, ingratos, se olvidaron de tan sufridos animales, muchos de los cuales no han comido, ni, siquiera, han bebido, en todo el día que han pasado filosofando a su manera, acerca de lo poco que suele ser estimado el trabajo en este mundo; mientras los perros, están tendidos a la larga en el *cuartocarro, o en la portonera,* en perezosa digestión después de un banquete verdaderamente pantagruélico de huesos a medio mondar, porque los hombres no quisieron perder el tiempo en menudencias, y de lamer platos colmados de grasa y piltrafas, porque los gatos, ahitos de cosas de mayor substancia, los despreciaron.

Por si esto fuera poco, tampoco falta quien les arroja con espíritu zumbón esta saeta, canturreada:

— ¿Cómo te va en la fiesta,
macho pindongo...?
— Trabajar, no trabajo;
¡¡pero no como...!!

(Canción popular).

La gente moza, muchos de los que, ya hace años, dejaron de serlo, y todos o casi todos los forasteros se van a las «Comedias» que, como es de suponer, tienen lugar en alguna panera, cedida *ad hoc*, o en el Pósito, en donde, cuando los *artistas* son aficionados del pueblo (que es lo típico y sabroso), se pone en escena indefectiblemente «El Puñal del Godo» o «Don Juan Tenorio»; pero si son forasteros, se ensañan cruelmente *representando* las mejores obras de actualidad. ¡¡Benavente y los Quintero les perdonen!!

. . . . . .

Todo es allí regocijo... ¿Quién habló de soledad...? ¿quién dijo estepa...? La soledad está en el alma de quien no siente ni ama... ¿qué digo soledad...? Entonces es el infierno... Estepa es el corazón, desdichado en toda su plenitud, que no sabe latir al gratísimo recuerdo, vivificante y restaurador, de las glorias de su pueblo...!!!

. . . . . .

Así en Palencia, nuestro querido pueblo; la ciudad humilde, fundada sobre un suelo que era bosque en tiempos de la «cueva» de San Antolín, en la que la imagen de nuestro venerado Patrono fué descubierta, según la tradición, de muy extraña manera por un rey de aquellos tiempos en que los monarcas, para no perder el tiempo, se dedicaban a la caza mayor; mientras los Condes, señores po-

derosos, dueños absolutos de muchas tierras y grandes poblados, se hacían pedazos entre sí, o se aliaban para hacer pedazos a los demás, haciéndose fuertes en algún castillo de esta tierra de Campos contra las no siempre bien avenidas huestes de los que con mano dura y sin exquisiteces diplomáticas les querían traer a raya.

Así en Palencia, cuyo suelo, excepción hecha de su hermosa vega de huertas que parecen hermanas de las vegas feracísimas valencianas, tampoco es muy exuberante; rodeada por un cincho de cerros y altozanos en los que se ven demasiado patentes, las erosiones diluvianas; cerros en cuyas laderas apenas se dan pastos para los ganados de ovejas... Palencia que, como los demás pueblos de esta región, lleva clavada muy adentro la flecha del dolor, se dispuso con todo entusiasmo a celebrar el VI Centenario de los comienzos de su Catedral. Y la campesina trigueña se atavió con sus mejores galas, puso enramada a las puertas y ventanas de su espíritu flagelado... y se hechó a la calle pisando fuerte, respirando alegría y oliendo a verbena... Y entonces... ¿quién se acuerda del latigazo del dolor...? ¿quién recuerda la estepa en plena floresta...?

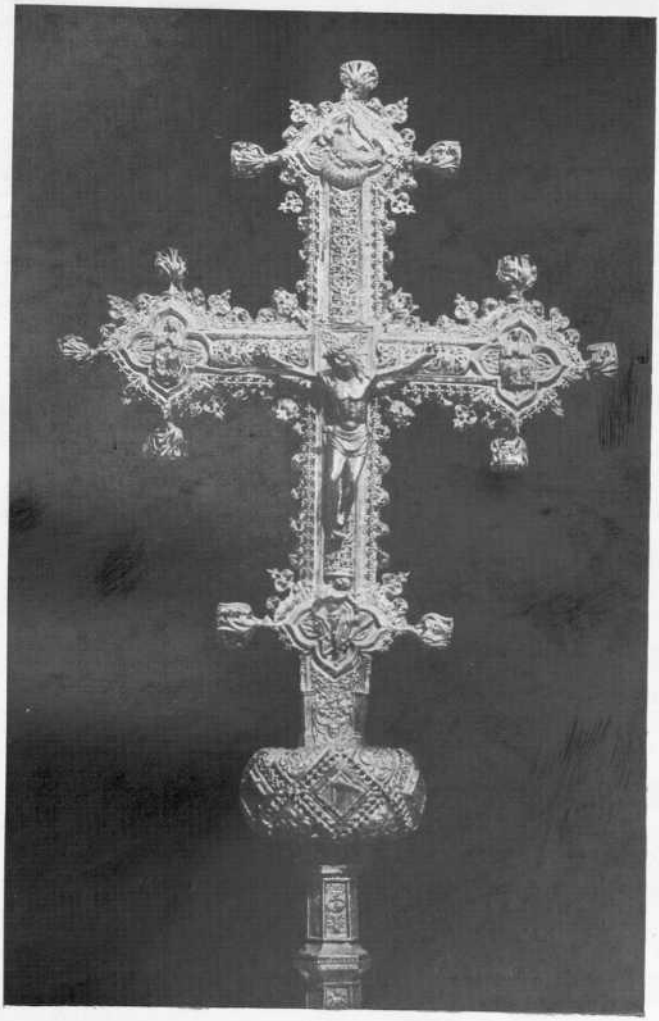
. . . . . .

Alegre, como día de asueto para chicos de colegio que se vieran libres de la férula de un dómi-

ne de gesto avinagrado y cerebro de berroqueña, amaneció el día 4 de Junio de 1921, primer día de fiestas, y heraldo de una legión de acontecimientos de gratísima recordación; al medio día, el repique general de campanas y los acordes de la Banda de Música municipal conmovieron al pueblo, fustigando su entusiasmo, ganoso de expansiones. Nunca, como entonces, pudieron verse traducidos a la realidad, casi siempre (bórrese la palabra casi) iconoclasta de ilusiones, aquellos versos de nuestro Zorrilla, el cantor de las bellas tradiciones, en su poesía «Indecisión»:

> ¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
> luz, peñascos, torrentes y cascadas;
> un sol de fuego iluminando el día;
> aire de aromas, flores apiñadas...

A las tres de la tarde, hora en que estaba anunciada la llegada del Emmo. Sr. Cardenal D. Enrique Almaraz y Santos, por aquella fecha Arzobispo de Sevilla y preconizado de Toledo... hoy, piadosamente juzgando, será morador de las celestes regiones del mundo de la verdad en las que los bienaventurados gozan por toda la eternidad la visión beatífica... la población entera, precedida de sus autoridades, civiles, militares y eclesiásticas, se dirigió a la estación invadiendo los andenes para saludar y aclamar al que durante catorce años fué



Cruz parroquial gótico-florida, de Valdeolmillos

su digno y celoso Pastor, que, hasta la hora de la muerte, guardó profundo y entrañable afecto a su antigua grey palentina.

La llegada del tren en que venía el Sr. Almaraz fué saludada con nutrida salva de aplausos que aumentaron al descender del convoy el egregio Purpurado. Un escuadrón del Regimiento de esta guarnición le rindió honores, mientras la Banda tocaba la Marcha de los Infantes.

El Sr. Cardenal tomó asiento en el automóvil del Excmo. Sr. D. Abilio Calderón, Diputado a Cortes por Palencia y hoy Ministro del Trabajo, y se dirigió a la Catedral, siendo entusiasta e incesantemente aclamado por la muchedumbre que le seguía, deseosa de mostrarle sus afectos.

Desde la Catedral, donde dió la bendición a los fieles, se dirigió al Palacio Episcopal donde se celebró la recepción de todas las autoridades y entidades diversas que constituyen las fuerzas vivas de la capital.

Acompañaban al Sr. Cardenal durante este acto nuestro Excmo. y Rvdmo. Prelado y el Sr. Obispo de Salamanca. A las seis de la tarde llegó el Ilustrísimo Sr. Obispo de León que, como el Prelado salmantino, venía a honrar nuestras fiestas, tan laboriosamente preparadas, como esperadas con verdaderas ansias de felices y expléndidos resultados.

Por la noche se celebró ante el Palacio Episcopal, que lucía en su fachada principal una brillante iluminación, el concierto dado por la Banda.

DÍA 5

La animación era extraordinaria, reflejándose en todos los semblantes la más franca y completa alegría, impregnada de emoción religiosa.

Fué incalculable el número de forasteros llegados de los diversos puntos de la Provincia, y en todos ellos se notaban los grandes deseos en que ardían de visitar la Catedral y asistir a la Misa Solemne que había de celebrarse a las diez; extraordinaria solemnidad para la que se habían hecho los necesarios preparativos en la Capilla mayor, ensanchando su Presbiterio para que en él pudiesen tener asiento, con la correspondiente separación y posible comodidad cuantos habían de asistir.

LA MISA

Poco antes de las diez llegaron a la Catedral el Emmo. Sr. Cardenal, acompañado de nuestro querido Prelado, los Sres. Obispos de Salamanca y León, Rvdmo. P. Abad Mitrado de Dueñas y el Sr. Visitador General de los Religiosos Cistercienses.

El Excmo. Cabildo Catedral recibió, a la puerta episcopal, a tan dignísimas y elevadas jerarquías.

Poco después el Emmo. Sr. Almaraz se revestía los ornamentos Pontificales. No se recuerda haber presenciado nunca mayor solemnidad, ni mayor concurso de fieles: presentábase nuestra Catedral hermosa y radiante de luces; vistosas y riquísimas colgaduras de damasco adornaban el coro y cubrían los muros de la Capilla mayor en cuyo centro se destacaba el valioso altar de plata.

Al lado de la Epístola se hallaban los Reverendos Prelados, Sres. Obispos de Palencia, Salamanca y León, el Sr. Abad Mitrado de Dueñas y el Sr. Visitador General del Cister: al lado del Evangelio, bajo riquísimo dosel, tenía su trono el Eminentísimo Sr. Cardenal, que ofició de Pontifical.

Ocupaban lugares preferentes el Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, con maceros; Sr. Gobernador civil de la provincia; varios Sres. Diputados Provinciales, nutrida representación del elemento militar y Comisiones de diversas entidades civiles. Al lado del Evangelio, junto a la barandilla del Presbiterio tenía su puesto de honor la Comisión de actos religiosos y artístico-literarios.

Y comenzó la Misa, solemnísima, Pontifical, a cuatro voces, obra del celebérrimo compositor de arte religioso-moderno, Max Filke, ejecutada por la Capilla de Música de esta S. I. Catedral, reforzada por muchos y muy valiosos elementos procedentes de Valladolid, León y Avila, y un grupo de

veintidós niños de los que forman la «Schola Puerorum» que los PP. Jesuitas tienen establecida en su Colegio de Carrión de los Condes, más el conjunto de grande orquesta.

Ocupó la Sagrada Cátedra el Rvdmo. Sr. Obispo de Salamanca, el cual fué en esta Diócesis Canónigo Magistral, quien, lleno de unción evangélica, explicó el origen de las Catedrales, que toman este nombre por hallarse en ellas la cátedra del obispo, expuso todo el alcance y significación de la fiesta que se celebraba, y terminó excitando a los fieles a la asistencia a los actos religiosos que se celebren en la Catedral, y a vivir cada día más unidos a los obispos, puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios.

Y continuó el Santo Sacrificio... Las voces de cantores y las notas del órgano; las armonías de la orquesta y la voz del celebrante se fundían en sublime conjunto, no de otra manera que:

«Cuando inundan el aire de armonía
las aves en las hojas apiñadas;
cuando la tierra saludando al día
desata ríos, fuentes y cascadas...»

(Zorrilla).

Pero hay momentos solemnes sobre toda ponderación: el acto de la elevación. Hincanse todas las rodillas, la emoción más pura y santa se apode-

ra de los espíritus; laten los corazones dulcemente impresionados; asómanse las lágrimas a muchos ojos, tímidas, primero, triunfadoras después, formando hilitos que descienden por las mejillas...; las gentes derraman lágrimas que ungen, lágrimas que redimen... Callaron súbitamente las voces de los cantores y el acompañamiento de la orquesta... solamente las notas del órgano envían al Soberano de Cielos y Tierra una plegaria de acordes, dulce y sentida, como el canto del cisne cuando va a expirar. El Dios tres veces Santo, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob estaba entre nosotros... se le sentía...; la luz indeficiente de la divina Esencia todo lo inundaba con resplandores de gloria...; y las manos golpeaban el pecho...; y las frentes seguían humilladas, y latían los corazones... latían en supremo deliquio de amor...

Mediaba el incruento Sacrificio:

> «Y se alza del altar la voz tremenda
> que las palabras del Señor repite;
> cantadas, porque el pueblo las comprenda;
> solemnes, porque el pueblo las medite...»
>
> *(Zorrilla).*

Con las últimas oraciones y la bendición del celebrante, tocó a su fin aquella Misa que dejó en todos el dulce sentimiento de imborrables recuerdos... entonces...

«El órgano despliega rebramando
la voz robusta de sus trompas de oro,
como por la cascada caen rodando
aguas y espumas en tropel sonoro...»

(Zorrilla).

. . . . . .

. . . . . .

Terminada la misa se cantó un Te Deum, a cinco voces mixtas, del reputado compositor Ignacio Mifferer, en cuya ejecución tomaron parte los mismos elementos que en la Misa lucieron sus dotes musicales y artístico entusiasmo.

Y salimos del templo Catedral con el alma llena de dulces emociones y el corazón rebosante de la más pura alegría.

Cáliz gótico del siglo XVI, de los Condes de Buendía, de Dueñas

SOLEMNIDAD DE LA TARDE

Con la misma concurrencia que por la mañana, se celebró solemne fiesta en la Catedral con exposición de S. D. M., Rosario y Sermón a cargo del M. I. Sr. D. Vicente Matía, Canónigo Magistral, que desarrolló el siguiente tema: «Las Catedrales góticas son el aliento, el impulso, la florescencia más brillante del espíritu cristiano que vivifica todas las manifestaciones de la vida y de la actividad humana durante la Edad Media». Después de ensalzar las bellezas artísticas de nuestra Catedral, expuso atinadas consideraciones sobre la perpetuidad e indefectibilidad de la Iglesia fundada por Cristo.

Después del sermón los mismos elementos de la mañana cantaron el salmo «Credidi», a ocho voces y grande orquesta, compuesto por el Sr. Maestro de Capilla de esta S. I. Catedral. Seguidamente cantaron el «o sacrum convivium», motete a ocho

voces y grande orquesta, obra del celebérrimo compositor alemán Franc Nekes, y el «Tantum ergo...» a coro de tres voces, del compositor Don Vicente Goicoechea, terminando tan hermosa solemnidad con la reserva y la bendición con el Santísimo, en la que ofició de Pontifical el Reverendísimo Sr. Obispo de Salamanca.

Tal fué el último acto de las fiestas de carácter exclusivamente religioso que se celebró dentro de las amplias naves de nuestra bella Catedral:

«Aquel templo sostenido
en cien góticos pilares,
donde un pueblo posternado
elevó a Dios su plegaria
a la llama solitaria
de la fe del corazón...»

(Zorrilla).

DÍA 6

DESCUBRIMIENTO DE LA LÁPIDA CONMEMORATIVA DEL VI CENTENARIO

En la parte exterior de la Catedral, a la izquierda de la puerta de los Novios, en uno de los ángulos del ábside cuya feliz restauración comenzó en su interior por iniciativa y a expensas del señor Almaraz, alma y vida de cuantas restauraciones, consolidaciones y reparaciones del arte religioso

se llevaron a efecto en esta Diócesis en el no corto periodo de su Pontificado al frente de ella; y cuyo anhelo más ardiente no fué otro que el de restituir a su Catedral la primitiva belleza con que, a principios de la XIV Centuria, la ideó y comenzó a levantar el, por aquella fecha, Prelado de Palencia, D. Juan II; allí, detrás de la verja que defiende los cimientos, la higiene y ornato público, y como al promedio del muro, habíase adaptado, cuidadosamente embutida, una preciosa lápida, de cuyo proyecto es autor el ya citado D. Jacobo Romero que en ésta, como en otras ocasiones, puso su inteligencia, entusiasmo y energías a disposición de los que formábamos la Comisión, y todo ello «*gratis onnino*». Lleva en su parte superior, separada por el escudo del Excmo. Cabildo Catedral, en cifras romanas, las fechas:

MCCCXXI—MCMXXI

En el campo de la lápida se lee en caracteres góticos de limpios trazos:

«SEXTO CENTENARIO
DE LA COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA
DE ESTA CATEDRAL.»

Para las once estaba anunciado el acto del descubrimiento de la lápida, cubierta por una cortina; a la misma altura habíase levantado un tablado-tribuna, defendido por recia barandilla y adornado con gallardetes de varios colores y con guirnaldas de follaje que hicieron recordar al cronista los arcos que levantan en los pueblos para recibir al Prelado. Una pesada alfombra, alfombra de Catedral, cubría totalmente el pavimento de gruesa tabla al que se subía por una postiza y bien dispuesta escalera, adornada, también, de trecho en trecho, por gallardetes que se destacaban vigorosos sobre el fondo de la patinada piedra del muro, y se movían en caprichosas, cabriolescas ondulaciones.

Ya mucho ántes de la hora señalada advertíase en las calles que afluyen a la Catedral el movimiento y animación que el día pasado les había comunicado vida inusitada; pero donde, naturalmente, se notaba mayor concurrencia, y más apiñada se encontraba la muchedumbre, fué en la plazuela. Era *toda* una mañana del mes de Junio.

Un sol de fuego iluminaba el día; sol *bravo*, como dicen los cubanos que es el sol de su tierra, alegre de alumbrar tanta grandeza mandaba, perezoso, sus rayos, casi a plomo, como si realmente quisiese demostrar interés en que no se perdiese ni el más mínimo detalle de un acto que, sin que

esto sea tratar de poner límites a la Divina Providencia, ninguno de los que a él concurríamos había de volver a presenciar.

Pero aquel animado murmullo, zumbido peculiar de todas las grandes concurrencias, cesa de repente cuando la Banda de Música empieza a ejecutar una bonita pieza: es el anuncio de que salen de la Catedral los Prelados, acompañados del Excelentísimo Cabildo, Ayuntamiento y demás Corporaciones civiles y militares, entre los que juzgo ocioso advertir que se encontraban muchos y valiosos representantes del elemento eclesiástico.

El Emmo. Sr. Cardenal, Rvdmos. Prelados y Autoridades subieron a la tribuna. Unos instantes después el Sr. Almaraz tiró de un cordón descorriendo la cortina que ocultaba la lápida a la vista de las gentes que esperaban atentas la sencilla maniobra... Fué un momento de suprema emoción... estallan, detonantes, las bombas reales en el espacio...; suenan, jubilosas, todas las campanas de la Catedral; ejecuta la banda la Marcha Real... vítores y aclamaciones se confunden en una sola nota estruendosa; ¡¡parecen un himno de peñascos y gigantes al Sol!!, júntanse todas las manos en un aplauso... se siente la sacudida de las grandes emociones, solo comparables a las que, hace ya muchos siglos, agitaban a las muchedumbres que se congregaban junto al templo de Jerusalén, al oir

el sonido de las trompetas de plata con que los sacerdotes anunciaban el comienzo de las fiestas solemnes de la Pascua.

El Sr. Cardenal extiende la mano en dirección al pueblo, en ademán de imponer silencio; es el padre que manda callar a sus hijos...; unos momentos después sosiégase aquella pleamar de entusiasmo y todo queda en silencio.

El cronista tiene mala memoria, circunstancia demasiado atendible para no exponerse a lamentables errores hablando aquí por cuenta propia; deja, pues, muy gustoso, la palabra al «Boletín Oficial Eclesiástico» de aquella fecha, cuya es la síntesis del discurso del insigne Príncipe de la Iglesia:

«El Sr. Almaraz, visiblemente emocionado y con voz dulce y sonora, dió principio a su elocuente discurso saludando a las Autoridades y pueblo de Palencia al que siempre recordará con singular cariño. Dice que es una honra para él haber descubierto la lápida conmemorativa. Agradece muy de veras y de todo corazón las pruebas de afecto que ha recibido de sus antiguos diocesanos, y se felicita del entusiasmo y alegría con que se celebran estas hermosas fiestas que dejan en el alma gratísimas emociones. Hace votos fervientes por el progreso moral y material de su querida Palencia, y habla de la significación del acto que celebramos dedicando un recuerdo a la memoria

Dalmática del terno de Cabeza de Vaca,
(siglo XVI) de la Catedral

de nuestros antepasados que por la fe religiosa iniciaron la gran obra de la erección de nuestro suntuoso templo Catedral, testigo invariable de la piedad palentina.

»Sobre la significación de estas solemnidades conmemorativas hace hermosas consideraciones, deduciendo la necesidad de que, imitando a nuestros mayores, defendamos la causa de Dios y nos amemos unos a otros, desterrando los odios que tantos males originan a la sociedad contemporánea. El remedio consiste en avivar en las inteligencias de los hombres la fe católica y en acercarnos más y más a Dios, inspirando todos nuestros actos en el ideal cristiano. Alude y recuerda su paso por esta Diócesis y el celo que siempre distinguió al Cabildo palentino en la solemnidad del culto. Debemos recordar siempre esta fecha que conmemoramos y seguir las huellas de aquellos antepasados.

»No seamos perezosos en visitar el Templo y oremos con fervor, ya que el ideal religioso es lo que nos ha de servir para conseguir nuestro último destino. Recomienda que nos amemos como hermanos que somos y que procedemos de un mismo Padre, de Dios, Nuestro Señor, y termina inculcándonos sabias doctrinas y dándonos su bendición.»

El esclarecido Cardenal fué objeto de cariñosa ovación al concluir su hermoso discurso; y al des-

cender de la tribuna fué vitoreado con delirante entusiasmo.

Acto seguido se suscribió el acta en artístico pergamino, obra de D. Alfonso A. Prádanos, que suscribieron Su Eminencia, los Rvdmos. Prelados, Autoridades y Comisiones, siendo incluída en una cajita de plomo que fué colocada tras la lápida.

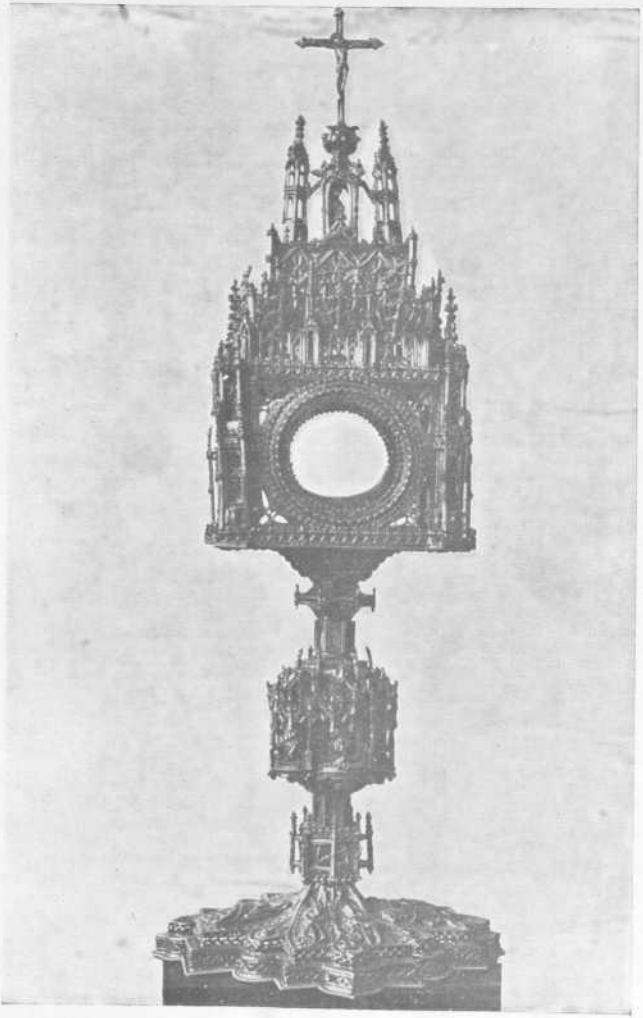
INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN DE ARTE RETROSPECTIVO

A los acordes de la Banda de Música se dirigió la comitiva a la Sala Capitular para inaugurar la Exposición que en ella había sido instalada y de la que no hago particular mención porque en otra parte de este libro se trata especialmente de ella con la extensión que el caso requiere y la competencia que la importancia de los objetos allí reunidos exige; pero, aunque tímidamente, como corresponde al que entra en terreno para él acotado, me permito repetir la afirmación de que con más tiempo y más dinero, se hubiera logrado reunir en nuestra ciudad elementos para formar, *sin dificultad alguna,* una exposición de primer orden, capaz de sostenerse dignamente junto a las más interesantes de Europa. Y todos saben que mi partida de bautismo se encuentra en los libros del archivo de Santa Marina, de Palencia.

Era la hora del medio día, ya corrida; el desfile por delante de tantas obras de arte fué rápido; se hacía tarde, y nos esperaba, ya dispuesto,

EL LUNCH

Inmediatamente después de aquella visita-relámpago se obsequió al Emmo. Sr. Cardenal, Reverendísimos Obispos, Autoridades, Comisiones y demás invitados con un expléndido lunch, servido en el claustro de la Catedral; mientras la Banda de Música interpretaba algunas piezas de su bien nutrido repertorio.



Custodia o viril gótico, procedente de Villasilos,
de la Catedral de Palencia

Velada Artístico-Musical

Anunciado estaba que había de comenzar a las siete de la tarde, conforme al siguiente

PROGRAMA

PRIMERA PARTE

a) Discurso presentación del M. I. Sr. D. Eugenio Madrigal, Arcediano de la S. I. Catedral.

b) «El Arte cristiano», discurso del M. I. señor D. Matías Vielva, Canónigo Archivero de la Santa Iglesia Catedral y Profesor de Arqueología en el Seminario Conciliar de esta ciudad.

SEGUNDA PARTE

Conferencia de D. Gonzalo Castrillo, Maestro de Capilla de la S. I. Catedral, sobre «El canto popular religioso y su desarrollo en la Iglesia española» con ejemplos prácticos que había de interpretar la «Schola puerorum» del Colegio Seminario de Carrión de los Condes.

EJEMPLOS

a) «Viejo canto israelita» recogido por D. Jesús Aroca, en la Colección Naumbdurg, ministro oficiante de la Sinagoga de París y armonizado por el notable compositor D. Jacinto R. Manzanares.

b) «Psalite Deo» (siglo X) canto encontrado en un Códice descubierto en Vich.

c) «Cantiga X» del Rey D. Alfonso el Sabio, tomada del Códice b-j-2 perteneciente a la Biblioteca de El Escorial, transcrita por el P. Luis Villalba Muñoz (O. S. A.)

d) «Villancico popular» de Juan de la Encina (Cancionero de Barbieri, traducción del P. Luis Villalba (O. S. A.)

TERCERA PARTE

«Introducción al renacimiento musical español» (En esta parte los ejemplos prácticos correspondían a una Capilla de música, compuesta de la «Schola puerorum» y un numeroso conjunto de artistas pertenecientes a las Catedrales castellanas circunvecinas y de esta localidad) dirigidas por el Maestro de Capilla de la S. I. Catedral de Valladolid.

a) «Coplas de Jorge Manrique» (musicadas por A. de Mendoza) a cuatro voces de hombre.

b) Motete «Pater peccavi...» a coro de seis vo-

ces mixtas, por Cristóbal Morales (obra inédita de una Antología, por D. Esteban (por D. Juan B. Elústiza y D. Gonzalo Castrillo.)

c) «Laude espiritual» (número 33 del tercer libro): «No ves, mi Dios, que este alma se consuela...» por D. Francisco Guerrero, a tres voces mixtas.

d) «Villanesca espiritual «Oh Virgen, cuando os miro no cabe en mí mi alma de gozo» por don Francisco Guerrero, a tres voces mixtas.

e) «Ave María» por don Joaquín Martínez, Maestro de Capilla y Organista de la S. I. Catedral de Palencia en el siglo XVIII, a cuatro voces mixtas.

Al solo anuncio de esta Velada, y atraídos por tan sugestionador programa, eran muchos los amantes del arte musical que esperaban ansiosos de goces puros del espíritu, resultando insuficiente nuestro Teatro Principal para contener tan gran número de admiradores de nuestra música clásica y religiosa.

Deslumbrador efecto ofrecía el Teatro: guirnaldas de follaje adornaban los antepechos de palcos y plateas; una iluminación espléndida daba la sensación de un día de luz radiante; pero con tan bellísimos contrastes de luces y sombras que por concatenación de semejanzas surgía potente en la memoria el recuerdo de «La ronda nocturna», aquel célebre cuadro de Rembrand de quien se dijo que no cenaba más que una arenque; pero que con tal habilidad sabía arrojar sombras en cuadros de luz y *encendía* luces en asuntos nocturnos, que aquellos ofrecían la ilusión del imperio de la noche en pleno reinado del día, y éstos hacen pensar en poderosas y extraordinarias artes de encantamiento a cuyo soberano imperativo acudiera en plena noche el astro-rey.

Algo parecido ocurría en el Teatro; concurriendo otra circunstancia que poderosamente contribuía a mantener viva la ilusión, y que no sé si sabré explicar, porque yo, que sé muy pocas cosas y ninguna a fondo, en Botánica me encuentro en estado lamentablemente primitivo; por eso tengo que recurrir a defenderme tras el muro de lo que aseguran los que saben más que yo. Dicen que hay ciertas flores, muy hermosas, que tienen la propiedad de plegarse al llegar la noche, para abrirse, frescas y lozanas nuevamente al sentir el beso de los primeros rayos del sol naciente; eso

dicen y así será, yo no lo discuto; pero aquella noche no pudo observarse tal mudanza; hermosas, como durante el día, en pleno esplendor de su belleza, permanecieron todas las flores que al Teatro habían concurrido para embalsamarle con el aroma exquisito de sus virtudes.

A las siete y media llegaron el Emmo. Señor Cardenal y los Rvdmos. Prelados de Salamanca y Palencia, los que fueron objeto de respetuosas muestras de cariño al ocupar el Palco Presidencial. Presentes también las autoridades y nutrida representación de las Corporaciones todas y Entidades de la Ciudad, y con la concurrencia de tan numeroso como escogido público se dió principio al acto a una señal del M. I. Sr. D. Anacleto Orejón, que con otros individuos de la Comisión tenía su puesto de honor cerca de las candilejas, en rededor de una mesa cubierta de paño de seda, color granate.

PRIMERA PARTE

Dió comienzo la gran Velada con el discurso-presentación, pronunciado por el M. I. Sr. D. Eugenio Madrigal, y del que no debo hacer especial mención porque este discurso y el del Sr. Vielva pueden leerse íntegros en otro lugar de este libro, para que mejor puedan ser saboreadas sus bellezas

y enseñanzas; eso no obstante y para hacer con ello honor a la verdad no puedo menos de hacer constar que fué muy aplaudido en varios periodos y al final.

Siguió el M. I. Sr. D. Matías Vielva, Canónigo archivero de la S. I. Catedral, dando lectura a un jugoso discurso acerca del arte cristiano desde las Catacumbas hasta nuestras espléndidas Catedrales góticas; mereciendo tan interesante labor la aprobación unánime del auditorio, muy satisfecho de haber acompañado al Sr. Vielva en aquella excursión por los floridos campos del arte cristiano.

Y cayó el telón, que volvió a levantarse quince minutos más tarde para dar principio a la

SEGUNDA PARTE

Fué interesantísima de verdad: una bien pensada y documentada Conferencia de D. Gonzalo Castrillo Hernández, Maestro de Capilla de la Santa Iglesia Catedral de Palencia, sobre «el Canto popular religioso y su desarrollo en la Iglesia española» con ejemplos prácticos, que interpretó la «Schola Puerorum» de Carrión de los Condes.

Dadas las circunstancias de carácter y extensión de la citada Conferencia, se me hace totalmente imposible ofrecer una síntesis, siquiera que pudiese dar idea exacta de aquellos tan delicados conceptos

Pyside bizantina, de cobre esmaltado, de la Catedral

de buscador y de crítico, que bien merecían ser conocidos para que el lector pudiese saborearlos a su placer en todos sus detalles.

El M. I. Sr. D. Matías Alonso, hoy Canónigo de esta S. I. Catedral, dió lectura, como él sabe hacerlo, a la primera parte de trabajo tan hermoso de investigación y de crítica, siendo frecuentemente interrumpido por los aplausos del público que con entusiasmo siempre creciente sentíase como electrizado por el sentido decir del Sr. Alonso que traducía admirablemente el pensamiento del autor.

Gustoso cedo la palabra a «El Diario Palentino» que al hacer la correspondiente información lo supo decir incomparablemente mejor que yo pudiera hacerlo:

«El distinguido auditorio, entusiasmado, hizo repetir algunas partes porque verdaderamente fué trasladado desde las Sinagogas que tanto influyeron con sus cantos orientales en los religiosos populares, pasando por la liturgia que nuestros padres debieron cantar en el Templo, hasta llegar a los trovadores castellanos y extranjeros, visitantes de la Corte Castellana del siglo XIII, y recopilación de aquel sabio Alfonso, conocido por «el Rey Trovador», y ciertamente aquellas atipladas voces matizaron de una manera sublime aquellos versos de

«Rosa entre rosas
flor de las flores,

Virgen de Vírgenes
y amor de amores...»

Terminando esta parte con la demostración del influjo melódico y modal de nuestros cantos religioso-populares, lírico-indígenas, del padre de aquel Teatro Juan de la Encina. El público premió esta parte con calurosos aplausos de los que participó el prestigioso sociólogo D. Matías Alonso, encargado de la lectura.»

NOTAS EXPLICATIVAS A ESTA SEGUNDA PARTE

(DEL PROGRAMA DE LA VELADA)

«El viejo Canto israelita» es antiquísimo, que tradicionalmente de generación en generación ha sido trasmitido en las Sinagogas (establecidas en España, probablemente después de la primera dispersión, o sea, del Cautiverio de Babilonia.)

Se quiere probar con él la influencia oriental en nuestros cantos religioso-populares.

«El Psalite Deo» es una canción religioso-popular, que puesta en parangón con la anterior confirma la opinión de nuestros musicólogos. Es un canto encontrado en un antiquísimo Códice del siglo X en Vich, y cuya melodía debieron cantar con frecuencia nuestros padres en el Templo.

«¡Alleluya! Cantad al Señor. Cantad a nuestro Rey. Cantad sus alabanzas, porque Dios es el Rey de toda la tierra; cantadle sabiamente, alabe al Señor toda la tierra, que se alegre y que cante porque es eterna su misericordia. ¡Alleluya...!»

«Cantiga X del Códice b-j-2-de El Escorial, compuesta o recopiláda por nuestro Rey Trovador Alfonso el Sabio (1252-1284.)

Se quiere demostrar con ese canto cómo la Iglesia colaboraba con entusiasmo, popularizando nuestras creencias y amores por medio de los trovadores castellanos y extranjeros que visitaban la brillante Corte Castellana del siglo XIII.

«Rosadas rosas et fror das frores
donadas donas, Segnor das sennores.»

—

«Rosa de beldat, e de parecer
et fror d'a alegría et de pracer;
toda en muy piadosa seer
Sennor en toller cóitas et doores.»

—

Rosa entre rosas
flor de las flores,
Virgen de Vírgenes
y amor de amores.

—

Rosa en que el Señor
puso su querer
flor la más hermosa
que se vió nacer;
Virgen que hace dulce
todo padecer,
amor que hace nuestros
sus santos amores.

«El villancico popular» aunque es una canción cortesana se quiere demostrar con ella el influjo melódico y modal de nuestros cantos religioso-populares, en la magna obra del padre de nuestro teatro lírico-indígena, Juan del Encina.

«Por Mayo era, por Mayo
cuando facen las calores,
cuando los que están penados
van buscar a sus amores
¡a sus amores...!»

TERCERA PARTE

El Sr. D. Aniano Masa, individuo de la Comisión de actos religiosos y artístico-literarios, estaba encargado de leer la segunda parte del notable trabajo del Sr. Maestro de Capilla, y lo hizo con aquel exquisito gusto que él sabe poner en todas sus cosas.

Preséntase (decía «La Propaganda Católica») en esta parte de la conferencia a la escuela mística

española, que por su lirismo religioso y su recia expresión es considerada como la más notable escuela del mundo.

Comenzó por la presentación de la hermosa elegía, considerada como la mejor poesía lírica, «Recuerde el alma dormida...» musicada por el maestro A. de Mudarra, y que los palentinos escucharon con profundo cariño por tratarse del mejor poeta lírico de nuestro renacimiento y gloria de las más preciadas de nuestra patria chica; el gran Jorge Manrique.

A este canto acompañó el motete «Pater peccavi», a seis voces, de Cristóbal Morales; el «Laude espiritual» del P. Soto de Lauja; y la «Villanesca espiritual» de D. Francisco Guerrero; composiciones en las que se adivinan los amorosos deliquios de las almas grandes de nuestros grandes santos y místicos, de aquellos que «mueren porque no mueren», todo ello interpretado de manera inimitable por la capilla de música que llenaba el escenario, compuesta por la referida «Schola» y un numeroso conjunto de artistas pertenecientes a las catedrales circunvecinas y valiosos elementos de la nuestra y de la capital.

Como final de tan memorable velada se cantó un Ave María de Joaquín Martínez, Maestro de Capilla de nuestra catedral en el siglo XVIII, obra verdaderamente digna de toda ponderación.

NOTAS EXPLICATIVAS DE ESTA TERCERA PARTE

(DEL PROGRAMA DE LA VELADA)

Primera estrofa de la elegía de Jorge Manrique:

«Recuerde el alma dormida
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando.»

Aquí no se sabe qué admirar más: si el sentir lírico de la poesía, o la tétrica y sombría expresión de la música que genialmente sublima el canto.

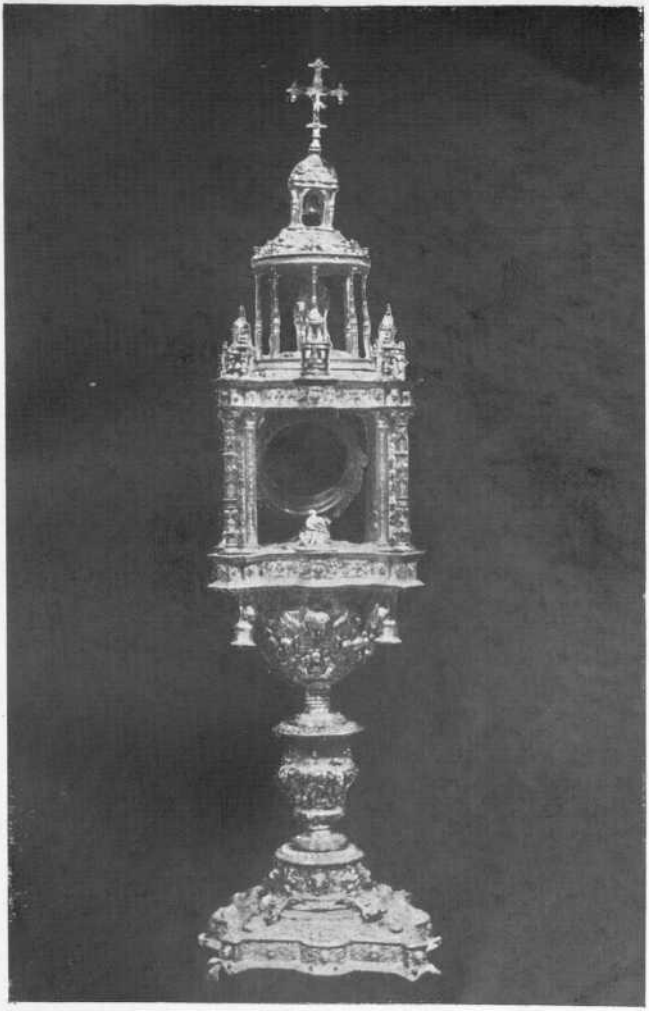
El motete «¡Pater peccavi...!» es así:

«Y habló el hijo: ¡Padre, he pecado contra el cielo y contra tí. Yo no soy digno de llamarme hijo tuyo!. ¡Hazme como a uno de tus jornaleros!

(Cantus firmus.)

Y sigue el Padre nuestro.

El motete «Pater peccavi» y el «Laude espiritual» son composiciones hechas en pleno misticis-



Custodia del Renacimiento, de Paredes de Nava

mo musical español, en ellas se adivina el alma mística española de Santa Teresa de Jesús y de Juan de la Cruz, y sobre todo el alma mística castellana que sabe expresar los arrobamientos del divino amor artísticamente, sin alucinaciones y sensiblerías, antes bien: con austero temple y sinceridad en el decir.

«¿No ves mi Dios, que este alma se consuela
entre vanos placeres? de tal suerte;
que siendo tu hechura,
se abraza con la muerte;
¡olvidada de Tí, suma hermosura!
y pues en darte enojo se desvela,
tírale una saeta que le duela.

—

«¡Oh Virgen!, cuando os miro
no cabe en sí mi alma de gozosa,
y en mi pecho tan triste no reposa.
Y por esto suspiro,
buscando mi alegría,
que sola vos la dáis al alma mía...»

Entre aplausos y entusiastas aclamaciones se dió por terminado; el acto y cuando salimos del Teatro después de saborear tantas bellezas y de escuchar, dominados por dulce embeleso, a quienes supieron poner en sus cantos el sentir religioso revelador de que sus espíritus vibraban a impulsos de las armonías que los autores pusieron

en sus obras, era ya bastante entrada la noche, apacible y serena, de las que hacen resurgir vigoroso en la mente el recuerdo de aquellos versos de Núñez de Arce, en «El Vértigo»:

«Una noche, una de aquellas
noches que alegran la vida
en que el corazón olvida
sus dudas y sus querellas...»
. . . . . .
. . . . . .

Y para que todo pudiera ajustarse con rigurosa exactitud a los versos del autor del «Idilio», ya no llovía: las nubes tormentosas, hechas girones, como bandera de huestes destrozadas, habían huído en derrota vergonzosa, de las que no admiten posibilidad, siquiera, de intentos de nueva lid... y en el firmamento azul turquí lucían las estrellas

«cual lámparas del altar.»

EL NÚMERO EXTRAORDINARIO DE «LA PROPAGANDA CATÓLICA»

Como permanente homenaje a la fecha y acontecimiento que se conmemoraba, se publicó, (y de ello se ha hecho mención en su lugar) un número extraordinario de aquella Revista, eminentemente católica y palentina, que, después de tantas batallas en pró de la verdad católica, se ha rendido, víctima del tirano de todas las empresas humanas; la falta de elementos pecuniarios.

Sus páginas formaron la lápida que la inteligencia de unos cuantos hombres labró en honor de tan grato recuerdo. Su índice de materias no podía ser más interesante.

Bien merece que el cronista llame la atención del lector para que pueda debidamente apreciar su importancia. «La Catedral de Palencia» así se titulaba el primer artículo, debido a la pluma del Muy Ilustre Sr. D. Matías Vielva, «Sea la primera palabra (decía) de nuestra Revista en este número consagrado a conmemorar el VI Centenario de la colocación de la primera piedra de la actual Iglesia Catedral de Palencia el Acta, (llamémosla así, pues

así se ha venido llamando) de esta solemnidad, documento que se guarda en el Archivo Catedralicio.» Y le publica en latín por no ser difícil su inteligencia ni aun a los que desconozcan esa lengua. Para ilustrar su trabajo, digno de la Santa Iglesia Catedral, hizo publicar, intercalado en el texto, un sello de cera roja, de tamaño natural, con contrasello al dorso, el cual pertenece al Obispo de Palencia. Don Juan II, y pende de un documento en pergamino, dado algunos años después de la colocación de la primera piedra de la Catedral, suceso que, como es sabido, ocurrió en tiempo de este Obispo.

Seguía otro muy hermoso trabajo de D. Juan Agapito Revilla, Delegado Regio de Bellas Artes de Valladolid, acerca de «La cueva de San Antolín de la Catedral de Palencia», con el subtítulo «Problema Arqueológico» en el que hace gala de sus nada comunes conocimientos acerca de la materia que demuestra tener bien conocida *sobre el terreno.* Dos fotograbados ilustran su meritísima labor: uno de los arquillos y columnas del testero, y otro de los detalles de los mismos arquillos y capiteles.

También acudió ¿y cómo nó...? el Emmo. Señor Cardenal Almaraz, muy solícito, al llamamiento, con un artículo, cuyo título es: «Colocación de la primera piedra de la Catedral de Palencia.» De él entresaca el cronista estas palabras que bien mere-

Virgen-relicario, de cobre esmaltado, del siglo XIII,
procedente de la Abadía de Husillos

cen ser conocidas y bien guardadas en la memoria: «Si Palencia existe; si ahora se presenta a la faz de España y del mundo cubierta con manto de gloria y pletórica de vida religiosa, científica y artística; si es conocida como un centro importante de la vida social de la Patria, lo debe principalmente a su Catedral...» Lleva por ilustración de tan autorizado texto un fotograbado que representa «la puerta de los Reyes» de la Catedral.

D. Severino Rodríguez Salcedo, «*hombre bueno* y *perito en escribir*» circunstancias que, a mi juicio, forman el concepto de *buen escritor,* como el conocido «vir bonus, dicendi peritus» define al buen orador, publicó:

«Las fuentes sobre los orígenes» (Exposición y crítica.) Artículo de bien fundamentada erudición, en el que huyendo los extremos de la hipercrítica, hace gustar el sabroso fruto de la crítica, razonada, sensata... imparcial... Repite el autor, modestamente, al final de tan jugoso trabajo, aquellas palabras de Ariosto: «Forse altri cantará con miglior plettro.»

En lo posible está: pero no le aventajarán nunca en sana y recta intención, ni en el buen deseo de servir a la causa de la verdad...

Dos interesantes fotograbados rompen la vertical de las columnas de aquel trabajo: uno de la Capilla del Sagrario (de frente), y otro del Trascoro de la Catedral.

S. E. nuestro Rvdmo. Prelado, a quien respetuosamente me permití calificar de Mantenedor de los Juegos Florales en honor de la Catedral palentina, honró las columnas de «La Propaganda Católica» con un bonito trabajo, titulado: «Entre villanos»; y aunque la respetabilidad grande del autor pone al cronista sello de circunspección en sus labios (y bien sabido es que los que escriben hablan con la pluma); no por eso he de hacer pasar inadvertido un trabajo literario en el que admirablemente se expresa el sentir de aquellas gentes del Palencia de la XIV centuria al asistir a la colocación de la primera piedra de la Catedral, los que entonces consideraban un desatino pensar en Catedral, contesta el Prelado por boca del Ermitaño: «Esa es Castilla, que emprende las grandes obras sin tener a la vista los medios para conseguirlas y terminarlas... Esa es Palencia, que para levantar un templo digno de Dios, en cuanto puede serlo, cierra los ojos a las dificultades y se lanza a la empresa en brazos de su fé...» La portada plateresca de acceso al Claustro es el motivo del fotograbado que adorna el texto de tan original y curiosa labor histórico-literaria.

El M. I. Sr. D. Anacleto Orejón que, como Director de la Revista habíase esforzado por todos los medios en conseguir un número, cuyo interés corriese paralelo a la importancia del acontecimien-

to que se conmemoraba, nos ofreció la resultante de sus largas y prolijas investigaciones concretadas en el artículo, sugestivo e interesante de verdad; «Arquitectos que trabajaron en esta Catedral.» Por allí desfilan el Maestro Isambart; el Arquitecto Gómez Díaz; Pedro Jalop; el Maestro de obras Bartolomé de Solórzano; el Aparejador Rodrigo de Astudillo; el Arquitecto Juan de Ruesga; Martín de Bruselas; el Aparejador Pascual de Jaén; el Arquitecto del Claustro Juan Gil de Hontañón, y nuestro querido paisano el Arquitecto D. Jerónimo Arroyo.

El M. I. Sr. D. Eugenio Madrigal aumenta el caudal de la fuente con un bien pensado y documentado artículo que lleva por título: «El pendón de la Ciudad»—Palencia en la guerra de la Reconquista—en el que se recuerda la liturgia que estaba en vigor en aquellos tiempos cuando el estandarte de la Ciudad había de ir a la guerra; extendiéndose en consideraciones acerca del carácter de la Reconquista. Lleva, intercalado en el texto, un fotograbado que representa el altar mayor de la Catedral.

El Sr. Gobernador Civil, D. Eladio Santander (que tal cargo ocupaba entonces) dedicó un hermoso pensamiento, contenido en tres líneas que constituían un verdadero canto a la fé.

D. Ricardo de Orueta, con delicadeza que le honra, respondió al cariñoso requerimiento de la

Comisión con un interesantísimo trabajo crítico, de arte, titulado: «En torno a Berruguete.» En este artículo hace el autor un estudio crítico de Juan de Balmaseda en su obra escultórica el Calvario, que corona el retablo mayor de nuestra Catedral, para hacer la afirmación de que Berruguete tuvo aquí un antecesor: Balmaseda.

«El Templo Católico» — manifestación espléndida de la armonía entre le la Religión y el Arte — lleva por título la concienzuda y bien meditada labor literaria con que el M. I. Sr. D. Eusebio Cea, Arcipreste de la S. I. Catedral, contribuyó a la formación del número extraordinario de «La Propaganda Católica» desde cuyas columnas el citado señor ha prodigado enseñanzas (verdaderos tratados de religión y moral) durante muchos años en colaboración asidua y extensión jamás escatimada.

D. César Gusano, entonces Presidente de la Excelentísima Diputación Provincial, y hoy Alcalde Presidente de nuestro Excmo. Ayuntamiento, nos concedió el honor de unas cuantas líneas, concluyente demostración de que no está siempre, *lo bueno* vinculado a la mayor cantidad ni extensión, sino que también en muchas ocasiones resplandece y se manifiesta vigoroso aun en las más pequeñas manifestaciones del espíritu o de la materia.

El venerable D. Pantaleón Gómez Casado, decano del núcleo militante de esa comunión de es-

piritus amadores del Arte y la Historia, de esos seres que tan particular estructura muestran a la generalidad de las gentes, cuyas aficiones van por muy distintos caminos, ofrece la policromía de un cuadro muy digno de admiración. «Democracia Cristiana» — Palencia — es el título con que don Pantaleón inscribe su trabajo en las columnas de la Revista; trabajo verdaderamente interesante por la variedad de matices y unidad de conjunto.

Dos fotograbados pueden admirarse entre el texto: el ábside principal de la Catedral y el Relicario de nuestro glorioso Patrono San Antolín.

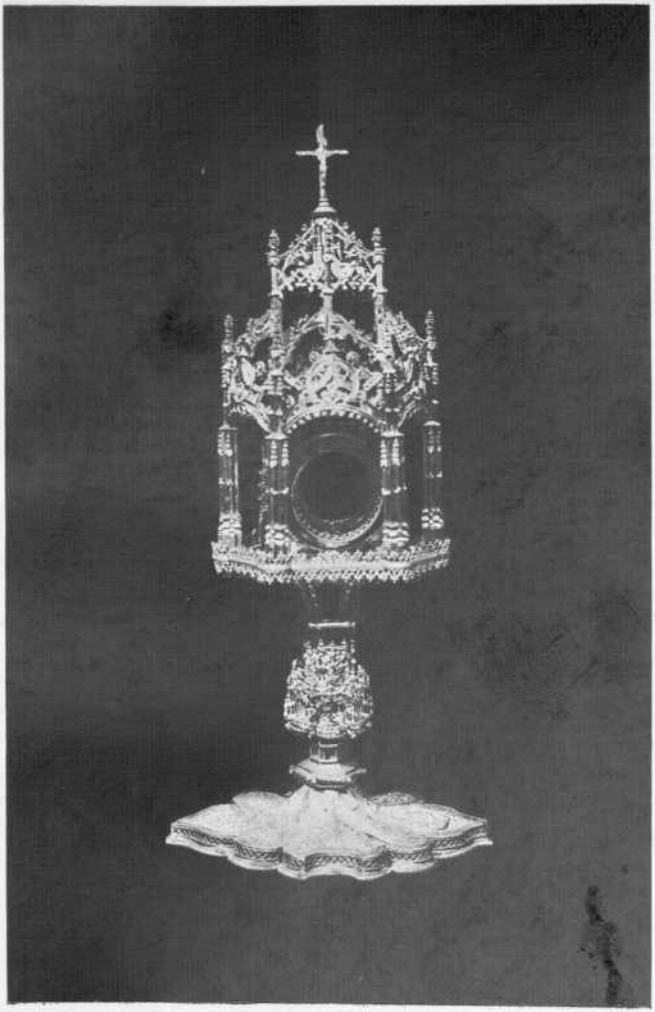
Dadas las circunstancias del entusiasmo y cariño que el Dr. D. Rafael Navarro siente por cuanto sea obra de arte o con el arte se relacione. no podía faltar algo *bueno* de tan distinguido y competente miembro correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes, que sumó su concurso con un artículo, cuyo título es: «Elogio de las Catedrales», labor que, sin perder un instante su carácter trascendental, nos ofrece de vez en cuando bellos matices líricos de exquisito y sentido decir.

Sigue el M. I. Sr. D. Victoriano Barón, Rector del Seminario Conciliar, quien en su bien meditado artículo «La Catedral de Palencia» nos habla, reposada y sesudamente, de la bienhechora influencia de la Sede palentina en términos los más convincentes.

D. Anacleto Orejón y D. Matías Vielva dan cima a tan meritoria empresa con un trabajo acerca de «Otros artistas que trabajaron en la Catedral, además de los Arquitectos», tales como los Maestros Centellas y Juan de Lilla, que trabajaron gran parte de la sillería del coro; Pedro Guadalupe; Felipe de Bigarny; Alejo Vahía; Juan de Valmaseda; Juan de Tariz y Pedro Manso; Juan Ortiz; Pedro de Flandes y Juan de Cabra; Andrés de Espinosa y su hijo Miguel; los Corrales; Manuel Alvarez; Joaquín Olabarrieta; Ramón Cabeza; Florentín Pérez; Tadeo Dueñas y Mariano Otero; Pintores: Juan de Flandes; Benito; Alonso Fernández Berruguete; Alonso Caballero y Mariano Salvador Maella; Iluminadores: Juan de S. Pedro; Pedro de Carbajeda y Francisco de Villacastín; Alonso de Tapia; Fray Reginaldo; Rejeros: Juan Relojero; Cristóbal Andino; Gaspar Rodríguez; Juan del Pinto; Juan de Benavente; Andrés Francisco Espetillo y su hijo Francisco; Luis (¿García?); José Sanabria y Juan Pascual; Bordadores: Diego Rodríguez y Sancho de Burgos; Vidrieros: Juan de Valdivieso; Arnao de Flandes; Diego de Santillana; Francisco Ayala; Jorge de Borgoña; Diego de Salcedo; Rigalt y Compañía y Maumejeán (Hermanos.)

. . . . . .

. . . . . .



Custodia ojival, de Villalcázar de Sirga

RESPLANDORES DE OCASO

EPÍLOGO

Con la velada terminaron las solemnísimas fiestas conmemorativas del VI Centenario de la colocación de la 1.ª piedra de nuestra hermosa Catedral, hermosa y risueña de verdad; todas ellas brillantes; pero no a la manera de colección de fuegos artificiales que, por muy vistosa que sea, solamente unos momentos impresionan gratamente la retina y aturden con su bombardeo inofensivo que siempre se resuelva en preciosísima lluvia de bengalas de muy brillantes colores; pero que, cuando en las lejanías del espacio se pierde el eco del último estampido, solamente quedan como resultante final olor a pólvora y papel quemado..., humo, que poco a poco se va disipando, y... unos instantes después... *nada* ¡¡absolutamente nada!! No así las fiestas delCentenario.

Casi todos los festejos habían tenido, como condición necesaria de su naturaleza, carácter puramente transitorio, por muy grande que fuese su importancia; en dos días habían quedado completamente terminadas, pero de ellas quedó grato recuerdo en la memoria y un aroma purísimo en el alma. Habían desaparecido, sí, las flores; pero continuaba su grato perfume en exquisita perduración que deleitaba y que aún continúa deleitándose.

Solamente uno de los festejos, el único que por su naturaleza y fin a que estaba destinado así lo exigía, tuvo carácter de relativa permanencia: la Exposición, que permaneció abierta al público durante algún tiempo, diariamente, con entrada *de pago*, los días de trabajo y gratuita los festivos. No faltaron peregrinos a visitar aquel santuario de arte: muchos, simplemente por ir; otros por curiosidad, y los menos, pero para nuestro consuelo y satisfacción, las almas privilegiadas, los amadores de la belleza artística... los elegidos, por gozar las inefables y purísimas delicias de la emoción estética.

El cronista podría certificar que sorprendió más de una vez los éxtasis de la más profunda admiración, escuchó frases justamente laudatorias y exclamaciones reveladoras de verdadero asombro.

Por allí desfilaron próceres, académicos, críticos y artistas, que no se conformaban con una sola

visita, ansiosos de beber inspiración en las aguas cristalinas de aquel tan rico manantial que brotaba entre tapices de soberana belleza, legítimo orgullo de los palentinos y envidia, bien disculpables, de los extraños...

Pero llegó un día en que, como la Exposición no podía permanecer abierta de modo indefinido, hubo de procederse a su clausura, con lo que, *ipso facto,* quedaran terminadas definitivamente las fiestas del Centenario.

Aquel mismo día, el cronista, terminada ya su misión en la Sala Capitular de la Catedral, salió al campo... Era el atardecer... y hacia el Poniente dirigió sus pasos siguiendo la dirección del sol, que poco después se despedía del horizonte; pero antes de hundirse por detrás del murallón de cerros y altozanos que limita la tierra de Campos donde la llanura parece un mar y los pueblos fingen naves ancladas en anchuroso puerto, mandó a nuestra querida Palencia sus últimos resplandores, teñidos de arrebol, que, al colorear los pináculos que rematan la torre de la Catedral, prendieron en ellos un girón de escarlata... ¡¡parecía un trofeo de victoria...!! Era la mano de Dios que bendecía nuestra obra.

. . . . . .

. . . . . .

Sudoroso y jadeante, como quien tras larga y penosa ascensión llega a la cima del monte, dí yo fin, lector amable, a mi tarea.

Gracias mil: si has tenido la bondad de acompañarme hasta el final; pero no me pidas perdón, si, desengañado y aburrido te quedaste rezagado, rendido ya, en la ladera, y lamentando el tiempo precioso que lastimosamente perdiste...; no tienes porqué sincerarte, pues

«Bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor...»
(Calderón de la Barca.)

A todos, en despedida, ofrezco la seguridad de mis respetos; y a todos, sin distinción alguna, les dejo mi tarjeta; un pedacito de cartulina barata, que en caracteres ya anticuados, lleva impreso un nombre oscuro:

REGINO INCLÁN INCLÁN.

Palencia.

Velada Literario-Musical

(DISCURSOS)

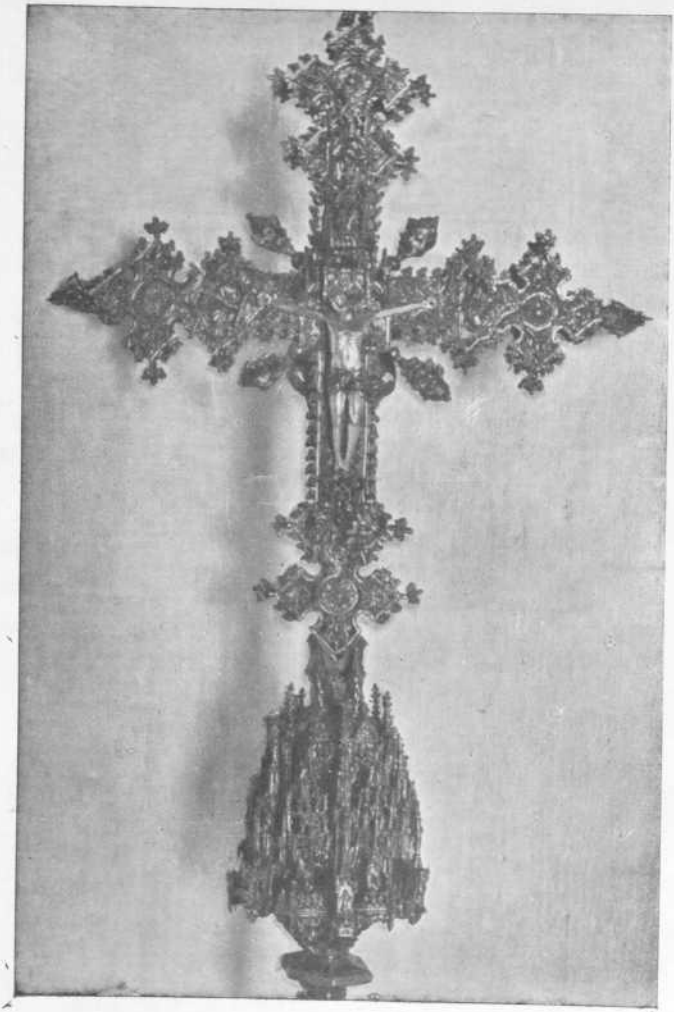
BIBLIOTECA PÚBLICA · PALENCIA ·

PROLUSIÓN

DISCURSO POR EL MUY ILUSTRE SEÑOR

DON EUGENIO MADRIGAL VILLADA

ARCEDIANO DE LA S. I. CATEDRAL



Cruz parroquial gótico-florida, de Dueñas

EMINENTÍSIMO SEÑOR:

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES: (1)

SEÑORAS Y SEÑORES:

ESPECTÁCULO grandioso sobre toda ponderación, espectáculo que ha llenado de consuelos inenarrables el pecho del Pastor que tan amorosamente y con tan singular acierto rige tus destinos, es el que has ofrecido, Palencia, religiosa Palencia, en estas fiestas consagradas al VI Centenario de la colocación de la primera piedra de tu risueña, bellísima Catedral. Has sabido honrarte así a tí mismo, pueblo de Palencia, al honrar la memoria y rendir el ho-

(1) Eminentísimo Cardenal Almaraz, Primado de las Españas, y Excelentísimos Señores Obispos de Palencia, Salamanca y León.

menaje de tu admiración y gratitud a aquellos venerables Obispo y Cabildo, a aquellos viejos palentinos, modelo de cristianos y modelo de leales, más valientes que leones en los campos de batalla, más sencillos que corderos en el templo del Señor, a aquellos tus gloriosos antepasados, gentes de la mejor masa y nobleza que vió jamás Santa Teresa de Jesús, quienes en los momentos más azarosos y difíciles de nuestra propia historia, en la minoría agitada y turbulenta de Alfonso XI, cuando sin descanso alguno, ni de día ni de noche, tenían que estar alerta constantemente sobre los adarves para defender la Ciudad querida de las embestidas de magnates turbulentos, todavía tuvieron bríos y arrestos viriles para acometer en tan críticas circunstancias la más osada de las empresas: la empresa, insensata para cualquier otro pueblo que no hubiera sido el pueblo palentino, de levantar un templo digno de su fé, un templo de las proporciones, grandiosidad, magnificencia y gentil belleza de nuestra actual Iglesia Catedral, esa *Hermosa desconocida,* como me he permitido llamarla muchas veces, pero que desde ahora será ya apreciada en todo lo que vale y en todo lo que significa desde el punto de vista del arte y de la historia.

Cuadro asimismo de belleza incomparable y de sugestiva hermosura es también, Palencia, noble Palencia, el que ofreces aquí, representada por tus

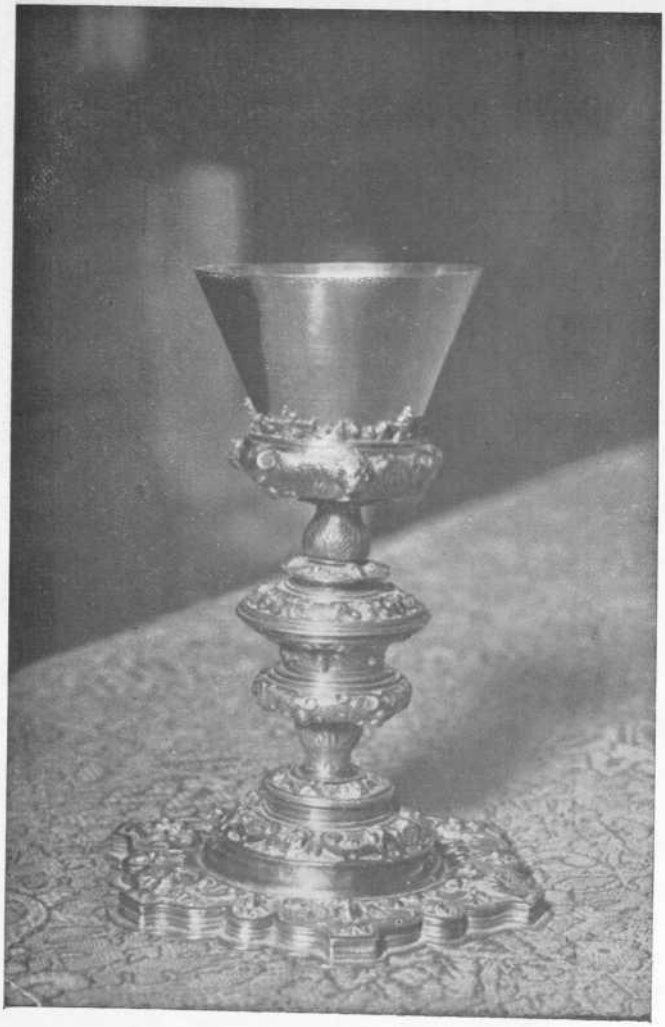
autoridades dignísimas, eclesiásticas, civiles y militares; por el Clero y por el pueblo; por entidades y corporaciones; por la industria y el comercio y el trabajo; perfumado el ambiente y realzada la hermosura de este acto por la nota bellísima de color que aquí, como en todas partes, sabéis poner vosotras, nobles damas palentinas, y vosotras, humildes hijas del pueblo, herederas unas y otras, por igual, de la piedad, del fervor religioso, de las virtudes cristianas y cívicas, de la fortaleza varonil de aquellas nobilísimas matronas a quienes, en justa recompensa del arrojo heróico con que, en ausencia de los hombres de armas, defendieron valerosamente la Ciudad guarneciendo ellas mismas las murallas contra las tropas del Duque de Lancaster, concedió el rey Don Juan I, y en ellas a vosotras, el privilegio, único en la historia, de ostentar sobre sus tocados, cruzada al pecho, la banda de oro a usanza de los antiguos caballeros.

Gracias, Eminentísimo Señor, gracias por el honor altísimo que nos habéis dispensado dignándoos venir y aceptar la presidencia de estas fiestas dedicadas al templo que fué vuestra primera sede episcopal. Para el venerable Prelado, sin cuyo fervoroso entusiasmo y eficaz y decidido interés ni hubieran sido siquiera posibles estas fiestas, al igual que para vuestros antiguos diocesanos, para el Clero y fieles de la Diócesis entera, no ha sido

uno de los menores motivos de su júbilo vuestra presencia, Eminentísimo Señor, la presencia del Pastor inolvidable, cuyo glorioso paso por esta Diócesis dejó en ella imborrables, imperecederos, gratísimos recuerdos. Príncipe hoy de la Iglesia, encumbrado por vuestros altísimos merecimientos, por vuestro celo de apóstol, por vuestra sabiduría y excepcionales dotes de gobierno a la silla primada de las Españas, recibid, Señor, con esta Velada el testimonio de nuestro más hondo cariño y el homenaje de nuestra adhesión inquebrantable, en vuestra sagrada persona, a la cátedra de San Pedro, foco eterno de verdad, de bien y de belleza.

Gracias también a vosotros, Excelentísimos Señores Obispos de León y Salamanca, que tanto esplendor habéis venido a dar con vuestra presencia a estas fiestas. Vosotros nos recordáis aquella pléyade de ilustres Prelados que acompañaron al gran Cardenal Guillermo de Santa Sabina, legado del Papa Juan XXII, en el acto solemne cuya conmemoración hoy celebramos.

. . . . . .



Cáliz con esmaltes (siglo XVII) de la Catedral

II

Broche de oro, guarnecido de perlas y brillantes, con que cerráramos la serie de actos que hemos venido celebrando, quisiera esta Junta que fuera esta velada. Aquí se han dado cita la Religión y el Arte unidos en amoroso abrazo; aquí histórica y prácticamente, se va a demostrar cuánto deben todas las bellas artes al cristianismo. Y la conclusión es esta: que la Religión es, ha sido y será siempre el *alma parens*, la madre fecunda del Arte.

Pero hay además una demostración *a priori:* nos la suministra la Estética, la Filosofía de lo Bello. Permitidme, pues, ligeras consideraciones sobre tan interesante asunto.

Dios es, en efecto, la Belleza absoluta, «la Hermosura siempre antigua y siempre nueva, que ni nace ni muere, ni mengua ni crece, ni es en parte hermosa y en parte fea», como decía el gran Obispo de Hipona. De ella se originan y dimanan no solo todas las hermosuras y bellezas que resplandecen en todas las criaturas, sinó hasta las ideas geniales que, brotadas de la mente del artista, en-

carnan en esas obras-cumbres que son el asombro de las gentes. Ahondad en todos los órdenes de la belleza creada: desde cualquier punto de partida, siempre vendremos a encontrar a Dios, fuente y occeano sin límites donde nacen y donde desaguan todos los ríos de la existencia.

Teoria, por consiguiente, homicida, demoledora, aniquiladora del arte mismo, la teoría del *arte por la forma* con independencia de toda moral y de toda religión; aquella teoría que, declarando objeto único, exclusivo, *esencial* del arte la mera belleza de la forma, mira con desdeñosa y absoluta indiferencia el fondo de la obra representando o cantando por igual lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo, lo perfecto y lo deforme, los heroismos y sublimidades de la virtud y las cobardías y bajezas del vicio, los delirios eróticos de impúdicas, desgreñadas vacantes y los santos, dulcísimos arrobos de las vírgenes castísimas.

Libre y soberano es el arte — bien lo sabemos — en su esfera propia, en la esfera de lo bello; pero entre la Religión, la Moral y el Arte existe una armonía íntima y eterna, como existe esa armonía entre la Verdad y el Bien y la Belleza, que no son tres realidades distintas sino tres modalidades, tres facetas de una misma realidad. Romped esa armonía y habréis destruído el arte. Representciones plásticas que deleiten simplemente el sena-

tido de la vista, o melodías musicales que recreen meramente el oído sin hacer vibrar al mismo tiempo las fibras más delicadas del alma; y para concretarme al llamado arte divino, a la más espiritual precisamente de las bellas artes, música en que el ruido de la materia ahoga los acentos de la vida propia del ser racional y pone en conmoción todos los nervios del cuerpo; música que, en vez de trasportar el alma a las alturas, la empuja a los abismos y la impele con violentas sensaciones y eróticos estremecimientos de la carne hacia el placer que degrada y envilece... esa música y esas armonías no son, señores, para espíritus inmortales: esa música y esas armonías son para el hombre animal de que hablaba el Apostol San Pablo, para el hombre que se olvida de que es hombre, para la bestia humana tan hábilmente descrita por un novelista tristemente célebre, la bestia indómita que vive entregada ya en cuerpo y alma, si es que tiene alma todavía, a los bajos, groseros instintos de la carne.

He ahí, señores, el paradero del arte sin Dios; el paradero del arte, que, confundiendo la sensación con el sentimiento y rebajando el purísimo placer estéticó al nivel del erotismo fisiológico de la bestia, hizo sentarse en el festín de la belleza a los sentidos y arrojó tan preciosa margarita a la voracidad insaciable de los puercos de Epicuro.

Apasionado exclusivamente de las morbideces de la forma y atento no más que a la exaltación y glorificación de las pasiones humanas, sustituyó la plácida, dulce, tranquila emoción estética que hace vibrar acordes las fibras del alma y las cuerdas del corazón, por el estremecimiento brutal y la sacudida nerviosa de la carne, y se dejó caer desde las alturas del Ideal en las hediondeces del más repugnante sensualismo, sin detenerse ante crudezas, obscenidades y abominaciones bestiales de las que hay que apartar el oído con horror y el estómago con asco...

Y todo ello só color de realismo. Realistas, señores, realistas... ellos, los que cercenan y mutilan la misma realidad, negando las más grandes realidades: la gran realidad ontológica, que es Dios; la gran realidad humana, que es el alma; la gran realidad moral, que es la conciencia. Realistas... y no ven de la realidad más que su lado feo, impuro y repugnante...

No así el arte digno de tan excelso nombre. Los verdaderos artistas, almas siempre hambrientas de lo infinito; los que sienten relampaguear en su frente los resplandores del Ideal... despliegan majestuosos sus alas, y, azotando y rompiendo con coraje los barrotes de la jaula del mundo de la materia en que viven prisioneros, se remontan en vuelo sublime a las alturas donde, arrobados y ab-

sortos, contemplan la eternal, la perenne Belleza de que son sólo simple vislumbre y pálido reflejo todas las bellezas creadas, y escuchan, atónitos, aquellas melodías sublimes que los cielos cantan a la gloria de su Hacedor.

No cortéis ¡por Dios! sus alas; no abatáis su vuelo. Dejadle, dejad al genio del arte subir a esas soberanas alturas. Que cada cual se mueva en su esfera: el reptil, en la tierra; el águila, en la inmensidad del espacio. Allí está la fuente y origen de todas las bellezas y de todas las armonías: allí el Tabor de la inspiración sublime que, trasladada luego al bloque de mármol, al lienzo, al pentágrama, producirá esas obras inmortales que se llaman el *Moisés* de Miguel Angel, la *Transfiguración* de Rafael, el *Oh vos omnes* de Victoria.

Desde estas cumbres altísimas, qué grande, qué grande, qué sublime, qué divino es el arte!: es no sólo una ascensión hacia Dios, es no sólo el «arriba los corazones y las almas»; es también una como especie de nueva encarnación de la misma Divinidad en el mármol, en el lienzo, en las notas y pentágramas del hombre.

Subir, subir: elevar las almas y los corazones de las gentes que contemplan o escuchan absortas esas obras maestras de la inspiración artística... he ahí la misión del arte.

III

Y ¡qué bien ha realizado esta misión el arte cristiano! ¡Cómo el cristianismo por medio del arte ha sabido elevar las gentes a las cumbres altísimas donde habitan y respiran, henchidas de vida, las almas robustas, templadas a hierro y fuego en el yunque donde se forjan las almas grandes. A este fin, el cristianismo inspiró a la arquitectura esas grandiosas, inmensas, magníficas catedrales góticas, bosques gigantescos de piedra, de delgadas, altísimas columnas semejando árboles seculares que entrelazan en las espléndidas bóvedas sus ramas y sus nervios. Él hizo que la escultura y la pintura poblaran a porfía las amplias y espaciosas naves de verdaderas maravillas en imágenes, en lienzos, en estatuas de santos y en estatuas sepulcrales. Él vistió a la música y a la poesía de sus galas más deslumbradoras y brillantes, y la música y la poesía compusieron entonces esos himnos sublimes que parecen estrofas arrancadas de la lira de los ángeles. Él, en fin, recogió todas las armonías y voces que susurran, que murmuran, que suspiran, que mugen, que silban, que braman, que

Custodia plateresca de Ampudia

BIBLIOTECA PÚBLICA
PALENCIA

retumban en el concierto gigantesco que el Universo entona a la gloria de su Hacedor, e hizo que todas ellas se dieran cita en el más grandioso de todos los instrumentos, en él órgano sublime, pulmón potente y garganta de mil voces con que piedras, estatuas y pinturas hablan el lenguaje más divino que puede en oído humano resonar.

De esta manera, el arte, el arte digno de tal nombre, es hijo de la Religión. Y hay más: él resume en sí todo lo grande, todo lo brillante, todo lo majestuoso de las civilizaciones antiguas y modernas. «Poned a las gentes—decía el gran Donoso en su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*—poned a las gentes a la vista de las pirámides de Egipto, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilización grandiosa y bárbara. Ponedlas a la vista de las estatuas griegas y de los templos griegos, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilización graciosa, efímera y brillante. Ponedlas a lo vista de un monumento romano, y os dirán: Por aquí ha pasado un gran pueblo. Ponedlas a la vista de una Catedral; y al ver tanta majestad unida a tanta belleza, tanta grandeza unida a tanto gusto, tanta gracia junta con una hermosura tan peregrina, tan severa unidad en una tan rica variedad, tanta mesura junta con tanto atrevimiento, tanta morbidez en las piedras y tanta suavidad en los contornos, y tan fastuosa armonía entre el silencio

y la luz, las sombras y los colores, y os dirán: Por aquí ha pasado el pueblo más grande de la historia y la más portentosa de las civilizaciones humanas: ese pueblo ha debido tener, del egipcio lo grandioso, del griego lo brillante, del romano lo fuerte; y sobre lo fuerte, lo brillante y lo grandioso, algo que vale más que lo grandioso, lo fuerte y lo brillante: lo inmortal y lo perfecto.»

He ahí, señores, el fenómeno más grande y portentoso que registran los fastos de la humanidad sobre la tierra: a la luz, al parecer, mortecina de la lámpara del santuario, y al calor, tibio al parecer, que de ella brota y con las migajas caídas del altar católico se alimentó y desarrolló y llegó a su más alto apogeo esa civilización espléndida de que hoy se engríen con justicia los pueblos europeos y los pueblos americanos.

IV

A demostrar histórica y prácticamente esta misión civilizadora, la eficacia educativa del arte cristiano aspira — repito — esta velada. Tal es su fin: no el mero deleite del oído.

Un discurso y una conferencia constituirán la doble trama en que nuestros artistas bordarán el tapiz espléndido y bordarán el hermoso díptico que va a desarrollarse esta noche ante vosotros.

El M. I. Sr. D. Matías Vielva, maestro en materias arqueológicas, con la singular competencia tantas veces demostrada, es el encargado del discurso. «*La Arquitectura cristiana*»: sus orígenes y su desarrollo; cómo nace en las catacumbas; qué vicisitudes atravesó en la edad antigua; cómo llegó a su mayor esplendor en los siglos medioevales. Cómo surge nuestra arquitectura indígena; cual es el carácter de nuestros templos visigodos; qué idea-madre presidió a las concepciones geniales de la arquitectura románico-bizantina y de la arquitectura ojival.

«*El Canto popular religioso y su desarrollo en la Iglesia Española*»: he ahí el tema de la Conferencia. Felizmente no es necesario que yo subraye su importancia excepcional. El vigoroso relieve con que entre los cultivadores del divino arte y entre los musicólogos españoles se destaca el inspirado Maestro de Capilla de nuestra S. I. Catedral, don Gonzalo Castrillo, alma de esta Conferencia tan pacientemente por él preparada, bien así como los méritos artísticos de todo este conjunto de voces compuesto de la *Schola puerorum* del Colegio de los PP. Jesuitas de Carrión y de elementos valiosos

de las Catedrales de Valladolid, Burgos, Avila, León y de nuestra Catedral y Seminario, son la mejor garantía del éxito. Aquí aprenderéis cómo nació el canto popular religioso, qué influencia ejerció en la civilización de los pueblos bárbaros, cómo la Iglesia lo fué desarrollando y perfeccionando y lo elevó, por fin, a las alturas de un arte verdaderamente litúrgico, arte verdaderamente divino que tiene el secreto de hablar a voces al alma y subyugarla, haciéndola caer de rodillas ante la majestad soberana de Dios.

* * *

Y no he de molestaros más, señoras y señores. Que amanezca pronto el venturoso día en que nuestra hermosa Iglesia de San Antolín, descongestionada su inmensa nave central de esos espesos muros que hoy la interceptan robándola su espléndida perspectiva, y ejecutadas las obras que su exterior reclama, luzca toda la magnificencia y grandiosidad con que la concibieron sus primeros arquitectos. ¿Que para acometer esa obra grande son necesarios recursos y capitales inmensos? Tampoco disponían de ellos aquellos antepasados nuestros que emprendieron la construcción de tan gran-

dioso templo. Empresa de gigantes, solo pudo ser obra de la fé: de aquella fé que — en frase gráfica de nuestro reverendísimo Prelado — fué la cantera, de donde salieron las piedras y los artistas que las labraron y los brazos de hierro que las levantaron en alto para colocarlas en la clave de los soberbios arcos. La fé cierra los ojos a todas las dificultades y traslada las montañas.....

HE DICHO.

Puerta ojival del Claustro

La Arquitectura Cristiana

SUS ORÍGENES Y DESARROLLO

DISCURSO POR EL MUY ILUSTRE SEÑOR

DON MATÍAS VIELVA RAMOS

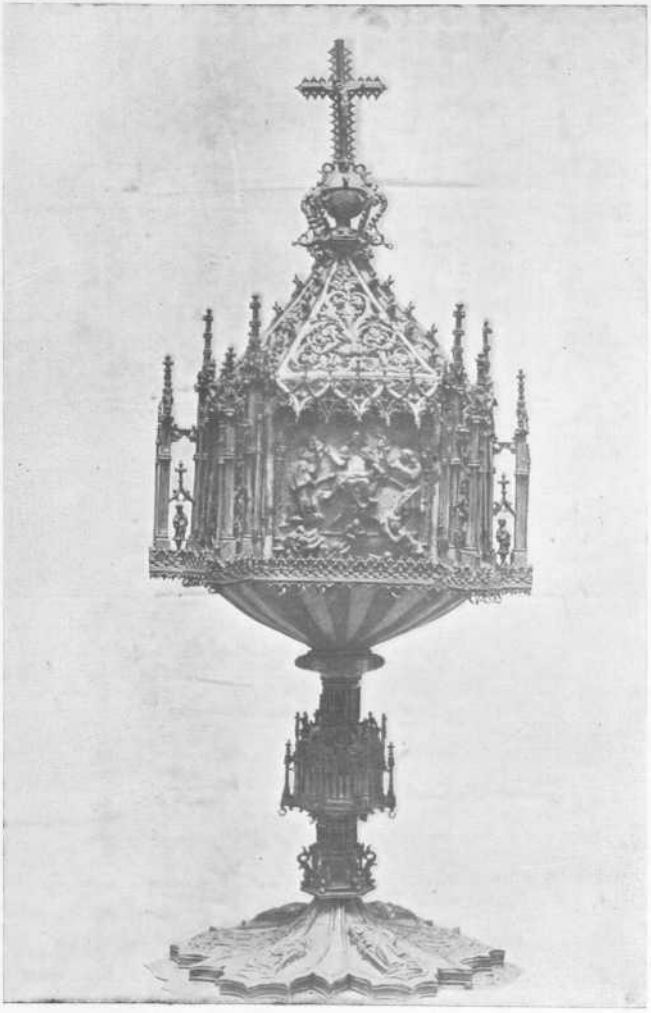
EMINENTÍSIMO SEÑOR:
EXCELENTÍSIMOS SEÑORES:
SEÑORAS, SEÑORES:

REFIÉRESE de aquel célebre predicador, R. P. Félix, que por muchos años consecutivos ocupó la cátedra de Nuestra Señora de París, y de cuya boca brotaron las tan admirables cual fecundas conferencias tituladas «*El Progreso por medio del Cristianismo*» que en momentos de sincera expansión dijo a uno de sus amigos: «Es tan pavorosa la impresión que se apodera de mí cuando he de subir al púlpito, que si decorosamente pudiera, marcharía a la calle por la puerta de la Sacristía.» Cosa parecida podría yo deciros hoy, señores: la presencia de los Príncipes de la Iglesia, las Autoridades dignísimas de la Provincia y Ciudad, el numeroso y distinguido

concurso que llena el local, embellecido por los encantos puros y delicados de las damas palentinas, hacen que me sienta cohibido. Una sola consideración me alienta, y es el pensar que estamos celebrando una fiesta de familia para conmemorar el fausto suceso, seiscientos años há ocurrido, de abrir los cimientos de nuestra casa solariega, que tal es la Iglesia matriz de la Diócesis.

Yo veo en los Prelados de Toledo y Palencia a nuestros padres en la fé. El primero lo fué de hecho, y no tengo miedo a equivocarme si digo que en el magnánimo corazón del sucesor en sus distintas sedes del visigodo Conancio y del sapientísimo Fr. Diego de Deza ocupan puesto de preferencia junto a los hijos de San Isidoro y San Ildefonso los discípulos de San Antolín.

Es el segundo bondadoso Pastor, quien con suave báculo gobierna y conduce por saludables apriscos la grey palentina que la divina Providencia encomendara a su solícito cuidado. Cuanto al eximio Prelado salmantino honra grandísima es el contarle por nuestro hermano mayor, a quien altísimos designios llevaron a otras regiones a desplegar las alas de su sabiduría y su celo apostólico; pero ya lo véis, señores, no se ha olvidado de Palencia, y el que en tiempos ya casi remotos nos evangelizaba con su elocuencia de Magistral, nos ha querido dispensar el honor de venir a tomar



Custodia gótica del siglo XVI, llamada del Milagro,
de Frómista

parte en nuestra fiesta, que también es la suya. Gracias, Eminentísimos señores, egregios Prelados: el pueblo palentino al rendiros el debido homenaje de consideración y respeto filial, os muestra a la vez su agradecimiento tan sincero como profundo.

Y pues queréis ser ornamento de nuestra solemnidad, dignaos escuchar benévolamente unas sencillas consideraciones sobre el arte religioso arquitectónico, toscas y burdas por ser mías.

Conocidísima es la afirmación del orador romano, que decía: «antes hallaréis una ciudad sin suelo, que un pueblo sin religión.» Es que el sentimiento religioso nace casi con el hombre, porque la idea de un ser supremo es la idea que más pronto y hondamente arraiga en el corazón del niño. Cierto que a menudo esa idea es objetivamente errónea; pero esto no empece para que allí donde exista un hombre libre, consciente, intelectual, allí indefectiblemente se encuentre la idea, el sentimiento de un ser, de algo suprasensible, y a ese ser, a ese algo, cuya naturaleza última nosotros no podemos comprender, vése el hombre necesitado a rendir sus homenajes. Ese ser, ese algo ante el cual el hombre se postra es Dios: el homenaje que se le rinde tiene su verdadero nombre en la palabra culto, Dios y culto son, pues, dos ideas correlativas: el primero existe necesariamente por sí mismo;

el segundo es una necesidad a la par que un deber del hombre, de suerte que allí donde se encuentre la noción de Dios, ha de hallarse también e ir pareada con ella la práctica del culto, porque el culto señores, o es práctico, que se revele y exteriorice en las obras, o es un mito, y el mito es nada.

Mas la práctica del culto necesita a su vez un lugar apropiado, un local erigido exclusivamente en obsequio de la Divinidad, y este lugar es el templo. Ahora os diría yo, señores, plagiando y modificando un poquito la frase de Cicerón: Si por ventura encontrarais en la superficie de la tierra un pueblo que no dispusiere más que de un limitado espacio, consagraría éste a levantar allí la morada de su Dios. Se llamarán Pagodas, Propileos, Mezquitas, Basílicas, Catedrales....., llámense como se quiera, que ello será cuestión de nombres; lo cierto, lo incuestionable es que cada pueblo ha tenido, tiene y tendrá sus templos como ha tenido, tiene y tendrá su religión. El templo es una pública y solemne profesión de fé, en torno de la cual surgen los pueblos, como las sociedades se unen en derredor del principio religioso, que es su base más firme, el lazo que más fuertemente las sujeta y estrecha entre sí; por eso hasta en la estructura material del templo se pone de manifiesto el concepto que cada pueblo se ha formado de la divinidad.

Cuando la mente se forja un dios, tétrico, sombrío, sanguinario, entonces se abre la pagoda tortuosa, baja y oscura de la India: cuando el pueblo tiene una creencia firme, una fe ciega en la inmortalidad, escávanse grutas en las rocas, o se echan los cimientos de ancha base de los templos y monumentos funerarios de Egipto; si se trata de divinizar al hombre, incluso en sus mismos vicios, se erigen los templos griegos; mas si el Dios a quien se consagra el templo es un Dios poderoso y sabio, un Dios bueno a quien no llega a manchar el polvo de la miseria humana, un Dios simple, espiritual, que por la vida del espíritu, más que por la del cuerpo, quiere elevar al hombre hasta Él para hacerle participante de su dicha inenarrable, entonces, Señores, entonces se yerguen nuestras iglesias donde se dá culto al Dios tres veces Santo.

Y con ser de gran monta, esenciales, estas diferencias, aún hay otras no menos importantes y trascendentales para nuestro objeto, de las que no quiero citaros más que una sola, y es la diferencia de capacidad de los templos en conformidad a las ideas religiosas, que les informan. Cuando es un dios—¿cómo diré yo?—humano, incompleto, mezquino, mezquino habrá de ser también el trono donde se asiente su imaginaria realeza, y habrá de contentarse con una *cella* exigua, donde apenas

tengan cabida el ídolo, el ara, el sacerdote sacrificador, y a lo más, a lo más, algún que otro iniciado; cuando la idea del dios es vaga, nebulosa, abstracta, se le ofrecen sacrificios al aire libre, o se le consagran las selvas; mas si de Dios se tiene la alta idea que Él se merece, si se le considera como el Padre del género humano; que igualmente derrama sus beneficios entre los buenos y entre los malos, porque para él no hay acepción de personas, y todos, hijos del Rey de reyes y Señor de los que dominan, Dios de bondad y de misericordia, acuden juntos y le abren de par en par las puertas del corazón para que por sí mismo vea sus cuitas y sus necesidades, sus goces y sus alegrías; si es el Dios de los cristianos a quien se va a rendir culto, entonces el templo es el hogar solariego, la casa de familia, donde los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes, todos tienen un puesto por derecho propio, porque todos son hijos de un mismo Padre común y entonces los templos han de ser amplios, espaciosos, capaces de albergar a la gran familia cristiana.

Mas pensará quizá alguno, y ciertamente no sin razón, que no siempre ha sido así: que allá en los primeros tiempos de la Iglesia los fieles se reunían en lugares escondidos, subterráneos, en las Catacumbas, cuyo solo nombre parece indicar lo-

breguez y tristeza. Es verdad, señores, que cuando a los cristianos se les acusaba de enemigos del género humano, y el ser discípulo de Cristo era padrón de ignominia y ejecutoria indiscutible de casi seguro, horripilante martirio; entonces se abrieron las Catacumbas y brindaron dulce asilo a los que tenían la valentía heróica de hacer profesión de fé en el Mártir del Gólgota.

Pero no se fueron solos, señores. Las artes en lo que tenían de noble, casto y puro, huyeron avergonzadas de la ciénaga romana y corrieron a cobijarse en el seno de la naciente familia cristiana, albergándose en el mismo domicilio social la religión y el arte. Yo querría, señores, si el tiempo no apremiara, ofrecer a vuestra perspicaz vista el dulce encanto de aquellas *cámaras* exornadas con ingenuas y simbólicas pinturas, sencillamente elocuentes, iluminadas con tibia luz, donde los fieles entonando himnos, modulando cánticos, celebraban el triunfo de sus hermanos victoriosos, y alimentándose con el pan que engendra vírgenes y dá fortaleza, se preparaban ellos a su vez a luchar y vencer por su Dios y por su fé.

Tres centurias duró este periodo, y cuando al cabo de él la Iglesia, fecundada por la sangre de los mártires, que es semilla de cristianos, salió triunfadora y amparada en sus derechos por el cetro de Constantino, entonces comenzaron a surgir

templos, a levantarse basílicas a la luz del sol, templos y basílicas que en gran número se construyeron y exornaron con despojos de templos paganos. Y así debía ser, señores, así debía ser, y así fué, porque las leyes de la Historia son consecuentes, son rígidas. Así debía ser, porque derrocada la falsa religión romana, que murió ahogada en el cieno de sus propios vicios, los restos del arte, que nunca muere, debían ser recogidos por la religión verdadera para ser ofrendados al Dios único, al Dios, que es la belleza suprema, la belleza absoluta, a la cual toda otra belleza rinde pleitesía, reintegrando así el arte a su propio y genuino fin, puesto que el arte de un modo particular y en estrechísimo consorcio va unido al sentimiento religioso. Y así fué, abriéndose para el artista más amplios y más puros horizontes, en los cuales ejecuta su ideal amoldándose a las exigencias de cada región y de cada pueblo. De ahí resulta sin traspasar los límites de la unidad estética una variedad admirable, de que aun nos quedan, si bien raros, valiosísimos ejemplares, honra y prez de los pueblos cultos que les atienden con el cariño y el esmero con que las tribus conscientes cuidan a sus venerables patriarcas.

Y si en el rodar de los tiempos unos hombres continuaron debelando contra otros hombres, y unas ideas contra otras ideas en esta parte del

Cáliz plateresco del siglo XVI, de la Catedral

mundo viejo, las salvadoras doctrinas del cristianismo derruyeron a la postre el pedestal donde se asentaban las gentílicas primero, las heréticas después, y el lábaro de Constantino, tremolado por el robusto brazo de Recaredo, se alzó glorioso en el tercer Concilio de Toledo. De aquellos lejanos días datan las basílicas visigóticas, pequeñas, pero graciosas, en las cuales humillaron la altiva frente los soberbios hijos de las selvas, que arrasaron y barrieron, cual impetuoso huracán, cuanto quedaba en pie de la España romana.

Pasaron unos pocos siglos: las luces de la fé y la realidad de los hechos aventaron las sombras y temores de un próximo fin del mundo, con lo cual los pueblos tomaron alientos para organizarse sobre más amplias, tranquilas y seguras bases, agrupándose siempre en torno del Santuario, al pie de la cruz; de cuyo árbol recibían la savia vivificadora, que les vigorizaba: las poblaciones se intensificaban ensanchando sus límites: la Iglesia en consecuencia hubo de abrir más y más los brazos para estrechar en ellos a cuantos venían a acogerse en su regazo: los templos, pequeños e insuficientes ya para satisfacer las necesidades de los pueblos, que al templo acudían en todo momento, se agrandaron notablemente en proporciones y formas. Las Iglesias románicas son, pues, el resultado de una exigencia religiosa, civil y social: más amplias, los

fieles tienen cabida dentro de sus naves: más altas, la mirada de las almas atribuladas y suplicantes se espacian hacia el cielo en busca de bálsamo que cure o dulcifique heridas abiertas en el corazón por abrojos y zarzales, de que está sembrado el sendero de la vida. Grande fué, señores, gigantesco el paso que en el camino de la arquitectura religiosa dieron los maestros de la undécima centuria; pero las Iglesias románicas de este siglo y el siguiente son todavía demasiado macizas, demasiado materiales, si vale hablar así, son grandiosas con una grandiosidad imponente que suscita la idea de un Dios severo, el cual con su propia omnipotencia y grandeza nos abruma y nos fuerza a reconcentrarnos en nosotros mismos para sobrecogernos ante nuestra pequeñez y flaqueza. Por eso el estilo llamado románico, religioso y cristiano como es, no llega todavía más que a tocar la linde del ideal del arte cristiano.

Hubo en los comienzos del siglo XIII una transformación hondísima, trascendental en sumo grado, en el sentir y en el pensar de los individuos y naciones. Yo no me atrevo a llamarla renacimiento, como algunos la han apellidado, porque realmente no lo fué; renacimiento hubiera sido la vuelta a procedimientos y formas, que en buena hora pasaron para no volver jamás: fué más bien esta transformación un avance gigantesco y colosal, en la

senda de la civilización y la cultura, fué un paso de aproximación de la humanidad, que se siente humilde, hacia el Dios, que amorosamente la tiende los brazos y quiere comunicarse a ella tal cual Él es, simple, espiritual, sabio, bondadoso, sutil. La teología desembarándose de farragosas ampulosidades, formó un cuerpo de doctrina sencillo, completo, que en forma sintética nos dió un conocimiento más claro, más amplio y profundo, más elevado y espiritual de la Divinidad. El Angel de las Escuelas, remontándose en inconcebible vuelo, cual águila caudal, hasta el trono mismo donde se asienta el Dios Creador y Redentor, el Dios humanado, bebió en su misma fuente, en aquella *fontana* de luz y de amor, las aguas puras que riegan y fecundizan la inteligencia del teólogo, el corazón del cristiano, y de allí nos trajo un monumento perenne, un manantial inagotable, al cual se han visto precisados a consultar los sabios de setecientos años. Es la *Summa Theológica*, cuyo mejor elogio es su solo nombre.

Para digna mansión de este Dios, que la Teología nos descubre y manifiesta, era indispensable que la Arquitectura, sobreponiéndose en cierto modo a sí misma, levantara una morada sobre nuevos planos, con leyes desconocidas, porque ya lo dije, señores, la Religión y el Arte de construir andan siempre de perfecto acuerdo, en amigable

consorcio, y ahí están las Catedrales góticas, maravillas del Arte, como la Teología es portento de la Ciencia.

La Teología nos enseña que Dios es simple, espiritual; la Arquitectura, por escarnio llamada gótica, ha llegado a espiritualizar la materia: Dios es luz, amor, la Catedral gótica es trasparente, linterna inconmensurable porque sus ventanales son amplios, muy amplios, tanto que a las veces se prescinde de los muros, y todos sus lienzos son otros tantos inmensos ventanales, por los cuales a través de los vidrios de colores baña las espaciosas naves una luz dulce y suave como es el espíritu de Dios: todo en Dios es necesario; sus perfecciones y atributos emanan de su esencia; en la Catedral gótica todos sus elementos son necesarios también, de suerte que no podría suprimirse parte alguna de su ornamentación sin destruir el sistema; arbotantes y botareles, pináculos y agujas están tan íntimamente unidos entre sí, que quitar uno solo sería exponer a un gran riesgo la estabilidad de todo el edificio.

Ahora, señores, debería yo recordaros lo que tan sabido tenéis; esto es, que como la Teología es la reina de las ciencias, puesto que todas a ella se subordinan y la sirven para corroborar y robustecer sus enunciados, así la Arquitectura es la reina de las Artes, porque todas la rinden tributo: la

escultura, la pintura, la música y las artes suntuarias, todas, en fin, contribuyen con sus ricos encantos a embellecer el templo donde mora Aquél que tiene sus delicias en habitar con los hijos de los hombres.

¿Habrá conseguido el Arte ojival realizar el ideal del arte cristiano? No sé contestar categóricamente a esta pregunta, lo que sí puede asegurarse es que sin el genio del cristianismo no existirían esos monumentos que tan hondamente nos conmueven, y tan agradables emociones producen en el alma.

Mediaba el año 1321. «Sabedora la reina doña María la Grande que venía de Legado y Mandadero del Papa don Frey Guillen, Obispo de Sabina para tratar de concertar y poner paz entre los Infantes de Castilla, los cuales grandemente turbaban el reino y causaban males sin cuento en los pueblos, porque todos ambicionaban la tutoría del rey niño, entretenía a los contendientes hasta la llegada del Cardenal.» Aconsejada por éste la reina convocó cortes para Palencia, y a ellas citó a los Infantes, Prelados y Personeros de las ciudades, todos los cuales, formando dos potentes bandos, se aposentaron en la nuestra. Malos eran los tiempos para Palencia, sus calles más de una vez estuvieron a punto de convertirse en campo de batalla, pues los Infantes, caudillos de ambas huestes,

se negaron a toda avenencia y concordia. En tales circunstancias locura parecería pensar en acometer la magna obra de edificar una catedral nueva por muy ruinosa y deteriorada que estuviera la vieja. Sin embargo la empresa se acometió, — que a veces se dan locuras muy cuerdas—por el animoso Obispo D. Juan II, a quien no arredraban dificultades de ningún género, cuando de la gloria y servicio de Dios y del esplendor del arte se trataba.

El fruto de tan loca empresa, en la cual tomaron parte Prelados y fieles, hidalgos y plebeyos, al cabo de cerca de dos siglos ahí le tenéis patente. La Catedral de Palencia no es tan esbelta como la «pulchra leonina», ni la adornan las aéreas torres y chapiteles de la de Burgos: pero es acaso en su interior más simétrica y uniforme que ésta, y sobre todo es hermosa y severa a la vez, sin que su risueña severidad estorbe para nada a la belleza artística: es genuinamente española: en ella lo que pudiéramos llamar el alma y el cuerpo, el espíritu y la materia, se hallan perfectamente armonizados, como un hombre robustamente constituído. Si se pudiera hablar metafóricamente, diríase que en su santuario el Dios de las alturas ha elegido un trono digno y adecuado para su infinita grandeza.

Yo en mi pobre juicio puedo afirmaros, seño-

Cuadro de alabastro, siglo XVI, de la parroquia
de N. S. de la Calle, de Palencia

res, que cuando me hallo dentro de la Iglesia y contemplo la esplendidez del crucero, cuando sigo con la vista los múltiples haces de finas columnas, que prestándose mutuo sostén y apoyo suben, suben hasta casi perderse en lo alto, cuando allá arriba por encima de galanos capiteles, las columnas se dividen y separan unas de otras, y se doblegan como las ramas de graciosa palmera, y se juntan y entrelazan los nervios de un pilar con los nervios del pilar frontero para servir de ligero y calado sostén a las bóvedas que forman majestuoso dosel, cuando por unos de sus rasgados ventanales entra la luz a torrentes, y por otros una tibia, dulce y misteriosa claridad se adueña del alma; cuando el encaje pétreo de los triforios y la filigrana de la girola me dá la sensación de que allí no hay muro, que limite el espacio; cuando veo los grumos y cardinas de nuestros campos exquisitamente tallados en la piedra cual si se hubiera convertido en blanda cera, y uno en pos de otro los voy admirando prolija y delicadamente esparcidos en rededor del mayestático coro; cuando el ánimo así embargado por tan agradables impresiones emotivas se ve sorprendido por las notas del órgano, que, suaves unas veces como melodías angélicas, potentes otras como los truenos de Jehová, me transportan a regiones y sentimientos que no tienen nada de común con las regiones y

sentimientos de esta vida deleznable y transitoria; entonces, señores, entonces — ingenuamente lo confieso — me siento orgulloso de ser palentino.

HE DICHO.

LA EXPOSICIÓN DIOCESANA DE ARTE RETROSPECTIVO

No está favorecido el acceso a nuestra Catedral por aquellas grandes y abiertas perspectivas con que otras ciudades que poseen sentimiento o instinto artísticos han procurado amplios puntos de vista para sus templos famosos.

Llevan a ella calles humildes, tortuosas y sin aquella nobleza que dá a algunas ruas provincianas la arquitectura de casas viejas hidalgas, la de palacios nobiliarios, o la de iglesias suntuosas y sobre todo las piedras perennes con que se hicieron muros, pórticos y pasos enlosados en los pueblos de tipo señoril.

Las calles que rodean la Catedral palentina están pavimentadas de tierra, las casas carecen de

toda prestancia y solamente alza su noble fábrica, frontero al templo metropolitano, el Hospital de San Bernabé y San Antolín con muchos vestigios góticos y amplitudes de buena época.

Las puertas de la Catedral se abren, sin embargo, a dos anchurosas pero irregulares plazas: las de los Novios y del Obispo a la plaza de la Catedral; las de los Reyes y de los Canónigos a la de Cervantes. También la puerta principal, rematada de prisa y de cualquier modo, en época moderna, decadente y pobre, se abre a un ensanche, con honores de plaza, de la calle Mayor antigua. Informes y sin carácter como lo son estas plazas, no dejan de poseer cierta melancólica y quieta poesía. En la alta noche todo es silencio en esas plazonas. Bordan en el cielo la silueta de la torre, pesada y sin ninguna elegancia, los pinaculados contrafuertes y los gallardos arbotantes del ábside del templo y aun percibe el oído atento entre las notas melódicas de algún recóndito piano, más nítidas en el nocturno silencio, los ecos de las cabalgadas con cuyo estruendo llenó la comitiva de Carlos V el Emperador los zaguanes de las casas contiguas a la Catedral. La tradición, más veraz que la historia, ha hecho llamar a una de las antiguas calles «del Emperador». Hace poco tiempo veía el que esto escribe una tabaquera de hueso cincelado, de la época imperial, hallada en uno de aquellos pa-

tios próximos y que podía proceder del equipaje de cualquier noble caballero de los que justaron en la floresta de D. Diego Ossorio.

A pesar de esas plazas contiguas no tiene perspectivas la Catedral y menos la parte de más positivo mérito de su estructura, que es el ábside, de principios del siglo XIV, por el que se comenzó la edificación del templo de hoy. Solo se le vé al acabar la calle del *Ochavo,* así llamada en recuerdo de lo que pareció, con certero instinto, al vulgo ese ábside catedralicio y, efectivamente, el contorno y planta de ese ábside reproduce, en cierto modo, aquella orla lobulada que encerraba los leones y los castillos numismáticos de algunos reinados, sobre todo en los *ochavos* de Felipe III.

Un extranjero que ejerció mando en la ciudad, el general conde de Lassalle, comandante de las tropas francesas de ocupación en Palencia cuando la invasión napoleónica, pensó abrir desde la calle Mayor principal una gran vía que abocase directamente al precioso ábside y pudiese éste ser así contemplado desde larga distancia. Las, para nosotros gloriosas, contingencias de la guerra de la Independencia y el breve mando aquí del citado jefe no dieron término al caudillo francés, artista y militar, cuyo noble origen abonaba una educación selecta, de realizar un proyecto que no se les había ocurrido a los palentinos de antaño ni ha pre-

ocupado poco ni mucho a los de hogaño que, por el contrario, han consolidado irremediables errores de urbanización por satisfacer mezquinos intereses particulares.

Por cierto, que la Junta de palentinos que administraba la ciudad en nombre del rey José, el emperador, tomó tan en serio la adulación que creyó debía ofrendar al general Lassalle, que saqueó las casas-palacios de Tordesillas y de Ramírez, aún hoy en pie, para regalar al general francés las vajillas y mobiliarios de aquellos buenos patriotas que, ausentes de la ciudad, como el General Amor, para organizar la defensa de España, no pudieron defenderse de la depredación que de sus bienes hicieron sus paisanos. El general Lassalle aceptó el regalo con tan escasos escrúpulos como los de los que se le hicieron y aquellas presas formaron parte de las riquezas robadas y no devueltas por los franceses invasores, que, en este caso, se aprovecharon de la cobarde humillación de aquellos serviles afrancesados.

Ese espaciamiento que se ha hecho alrededor de todas las buenas Catedrales de Europa, ha sido cosa vedada a Palencia, que no disfrutará, como no cambie mucho el sentido estético popular, de vistas alongadas sobre su bella Catedral.

Y eso que existe aquí el precedente de que la modesta reforma de abrir un simple callejón — la

calle del Obispo D. Miro — ante la fachada y torre primorosas de San Miguel ha proporcionado a este prodigio arquitectónico el punto de contemplación desde los pretiles del río que hace de ese sitio uno de los de mayor emoción de Palencia.

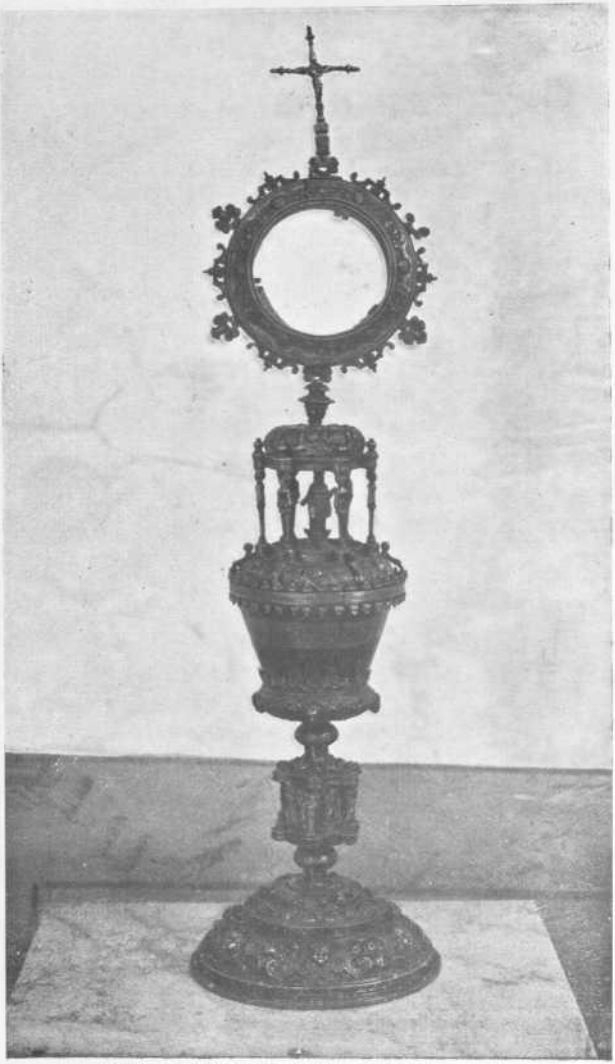
Con estos pensamientos y a lo largo de las citadas malas callejas nos encaminábamos a la Catedral a visitar la Exposición de Arte Retrospectivo. Como la Exposición empezaba en el Claustro, la *claustra* que hizo Juan Gil de Ontañon, en él penetrábamos franqueando, ya la puerta incaracterizada que le dá acceso exterior, ya las preciosas puertas de la nave de la Epístola, gótica la primera, plateresca la segunda, de cuando se acababan las obras de la Catedral, muy española y muy castellana, del Obispo Mendoza, con sus magníficos motivos renacentistas, sus arcadas en esviaje y sus puertas talladas de la época de Giralte que, por el buen gusto del actual Cabildo, han sido despojadas de las cancelas que las obstruían, con lo cual brillan en el esplendor de su magnificencia, cegada por la torpeza espiritual de aquellos mismos hombres temerosos de los *aires colados* que taparon también con tejadillos y tabicaron con yeso la mayor parte de los estupendos ventanales ojivales de las capillas absidales y del triforio y que tuvieron luengos años en el hueco de uno de aquellos una hornacina exterior con su buena imagen de

yeso y su tejadillo y otras profanaciones por el estilo.

Con la emoción que detuvo a Edmundo de Amicis en el umbral del Museo de Madrid, nos hemos detenido en los de las puertas que desde el interior de la Catedral dan acceso al Claustro. Colgados de aquellos muros están los ricos tapices pasmo de los ojos. En los caballetes y perchas de una de las galerías se han colgado las casullas, las dalmáticas y las capas pluviales, deslumbradoras de colores, de matices, de sedas, de aljófares, de oro, de plata, que fueron la pompa del culto desde el siglo XIV. Allí hay telas persas y brocados arábigos, bordados románicos, realces góticos, composiciones renacentistas, tisús franceses, terciopelos perennes, dibujos barrocos, recamados brilladores, matizados de seda que parecen obra de pincel, motivos de arquitectura enmarcando figuras de Santos, cenefas prolijas, toda la gama, en fin, de las ropas ostentosas que se guardan en las cajonerías de nogal de las iglesias de la diócesis palentina.

¡Quién hubiera podido reunir las sedas y los brocados arrebatados por la chamarilería a la pobreza de nuestras parroquias y de nuestros conventos!

A continuación enumeramos los tapices expuestos. Es muy de sentir que no figurasen en la



Cáliz del Renacimiento, con ostensorio,
de San Cebrián de Campos

Exposición otros muy valiosos, ricos y antiguos que exornan por doquier las Capillas de la Catedral. Los Obispos y Canónigos antepasados que tan singular y preponderante papel hicieron en la historia política de Castilla, en tiempos de riqueza eclesiástica, prodigaron esas preseas, propias de la grandeza antigua, en nuestro primer templo, que era, a su vez, de los más privilegiados de España. Algunos de los que se conservan y otros, seguramente, desaparecidos, procederían, sin duda, de la esplendidez de otros magnates no eclesiásticos, fervorosos amadores de la Catedral, al contrario de los plutócratas de estos tiempos. No pocos vinieron entre el botín y los trofeos de guerra arrebatados a las ciudades moras debeladas y reconquistadas en el largo lapso de siglos del XI al XVI, como el tapiz persa que alfombraba la Sala Capitular.

1. *Un tapiz,* de fondo campestre y delicadas verduras. Los siglos han matizado de suavidad, con el apagamiento de las ya suaves tintas, el noble ornato de este gran paño.

2. *Un tapiz,* muy bello, de asunto también campestre y florido. Lleva la marca de taller señalada en el grabado con el número 1.

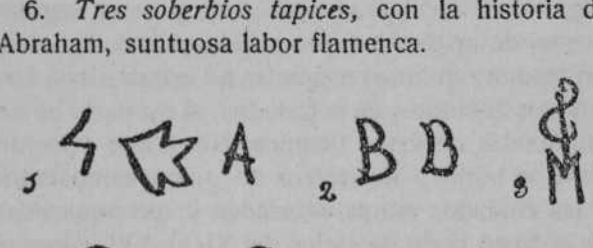
3. *Un tapiz,* de argumento caballeresco, en el que unas amazonas, gallardas y ricas-hembras, llevan sus caballos a las aguas de un río, entre los follajes de frondosa ribera. No se pueden describir

el colorido y los efectos de perspectiva que obtuvo el artista para representar los caballos medio sumergidos y asustados entre las transparentes linfas. Parece del siglo XVII.

4. *Un tapiz,* que representa un episodio de las guerras de Porsena.

5. *Un tapiz,* gemelo del anterior, que pinta la gran hazaña romana de Mucio Scévola.

6. *Tres soberbios tapices,* con la historia de Abraham, suntuosa labor flamenca.



Algunas marcas y monogramas de tapices de la Catedral de Palencia

7. *Los cuatro tapices de la Salve,* tapicerías de Fonseca, que llevan en las orlas el escudo de don Juan Rodríguez de Fonseca. Son una maravilla del arte flamenco que, para muchos, iguala, si no supera, los famosos de la Sala Capitular. El asunto, la composición, el color y el dibujo, con prodigadas leyendas, constituyen un alarde técnico insuperable.

Estos tapices, que han sido objeto de un estudio definitivo por D. Regino Inclán, fueron encargados, como dice Pulgar, por D. Juan Rodríguez de Fonseca, para la Catedral, con un terno, que sería digno de ellos, y habrá tenido el paradero de otras preciosidades destruídas por el tiempo. Disputó su posesión al Cabildo, cuando murió el preclaro Obispo, su hermano D. Antonio de Fonseca, el que incendió a Medina del Campo, el cual cumplió la voluntad del Mecenas de la Catedral, después de un complicado litigio, pues no quería entregar la ofrenda de D. Juan.

Reproducimos las marcas de los tapices de Abraham y los de *Salve Regina* para auxilio de investigadores y eruditos, y que son las que llevan en el fotograbado los números 2, 3, 4 y 5. Como se vé, corresponden unas al taller donde se confeccionaron y otras a la ciudad, cuyo signo era obligatorio por pragmáticas de la época: Bruselas en Brabante. Ninguna de estas marcas figura en el catálogo gráfico de Müntz, pero no sabemos si figuran entre las marcas y monogramas coleccionados por Wanters.

8. *Un tapiz,* con las figuras de Adán y Eva en el Paraiso.

9. *Otros dos tapices,* de la historia de Abraham.

10. *Un tapiz,* con bello asunto de cacerías, que se exhibía en la antesala de la Sala Capitular, a la

que se entra por una severa puerta del Claustro, gótica de transición, con bordura de follages de piedra. Sirve de cortina en la verja de la Capilla de las Reliquias.

11. *Los cuatro tapices* del Obispo Fonseca en la Sala Capitular, relicario espléndido y único de tales joyas, que vale él solo una peregrinación a Palencia. Son de dimensiones poco comunes por lo grandes, iguales, medidos para aquellos muros ennoblecidos por tales magnificencias, y que encuadran la singular mansión acertadamente elegida para esta Exposición digna de tal recinto. Solo la docta pluma del citado erudito crítico de Arte, Don Regino Inclán, podrá decir algún día, si quiere, qué técnica prodigiosa los labró y cuáles son sus características analíticas. Pero cualquier espíritu lego puede sentir el simbolismo místico que los inspiró en la mejor época de los talleres flamencos, la arrogante munificencia del prelado embajador que hubo de adquirirlos en uno de tantos rasgos próceres de aquella familia de los Fonseca, en la que revivieron en España los Médicis italianos y el gesto infanzón que hubo de colocar en la orla de todos ellos, la marca señoril del blasón de las cinco estrellas que se señala en tantos primores artísticos del siglo XV. Cualquier admirador puede apreciar cómo aventajan en magnificencia, gusto y riqueza, con la expresión grave y prolija del estilo gótico,

a todas las tapicerías guardadas en los Tesoros catedralicios, abaciales y palaciegos de Europa, sin exceptuar los tapices zamoranos de la Guerra de Troya.

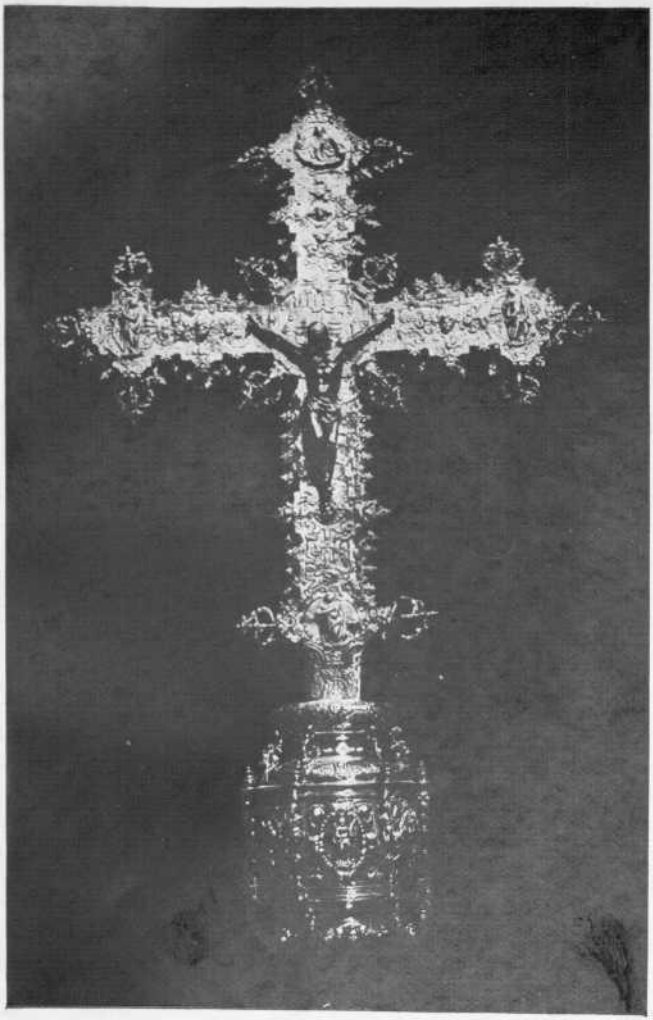
La Sala Capitular, donde se ha colocado lo más de la Exposición, excepto los tapices y las ricas ropas que se situaron en el Claustro y algunos voluminosos objetos en la Antecámara, produce un extraño efecto de admiración y estupor, ante tal conjunto de riqueza primorosa patinada por los siglos. Sobre los severos escaños que circundan el local y sobre perchas y pedestales vestidos de ricas estofas fulgura la orfebrería de la colección sin par de cálices, de custodias, de cruces procesionales, de templetes, de repujados, de piezas esmaltadas y de cinceladas esculturas de plata y de plata dorada. Brillan los brocados y las telas, bordadas, recamadas y matizadas, y los terciopelos de tres altos. Lucen los colores graves de óleos y de tablas en cuadros, trípticos, prebelas y entablamentos góticos y renacentistas. Yérguense las viejas esculturas bizantinas y románicas, los relieves del siglo XVI, la riqueza de los cosbre y de los alabastros policromados, la suntuosidad de los cofres, arcas, cajas y relicarios de todos los materiales preciosos prestados por la naturaleza al arte. Los frontales y los guadameciles ponen la nota de sus elegancias en los cueros repujados y en las se-

das bordadas. Todo lo allí contenido es trasunto de la magnificencia de la Iglesia cuando ningún talento ni inspiración dejaban de estar a su servicio.

En la discreta luz que ilumina la gran sala, componen y entonan las ricas colecciones exhibidas, a las obras de arte que tienen allí su puesto habitual: buenos retratos de prelados palentinos, mejores cuadros de devoción, ya de escuela castellana, ya de escuelas italianas, un precioso lienzo, de Mateo Cerezo, que representa la Virgen, los tapices de Brujas, y, por afortunada y circunstancial coincidencia, la escultura funeraria del famoso Victorio Macho y que campea en el centro del gran salón.

Y es de advertir que no se han llevado a ese acerbo tantas otras joyas de la Catedral que por tener su lugar adecuado en sus altares, en sus capillas, en las paredes y en las vitrinas de su sacristía, en los muros de las ojivales naves, no hubo necesidad de trasladarlas de donde son fácil y habitualmente admiradas.

Un erudito conocedor de esta Diócesis decía gráficamente, contemplando la Exposición, que si tal era no estando en ella apenas la décima parte de las riquezas existentes hoy, ni existido hoy ya la décima parte de lo que las centurias acumularon en los templos de la diócesis palentina ¿qué hubiera sido el milagro de poder reunir todo lo que fue-



se transportable de las preseas consagradas por la piedad al arte religioso, a través de quince siglos, a las iglesias palentinas?

También en las iglesias palentinas ha dejado sus huellas infamantes la ignorancia y la codicia, más veces que la necesidad, arrebatando para el lujo de los ricos modernos o para la fría y abominable catalogación de los Museos las obras que nunca pensó la inspiración cristiana que sirvieran más que para la suntuosidad del culto del Señor.

Afortunadamente, el actual Obispo y el actual Cabildo de Palencia han tenido en esa materia normas de alto patriotismo, que si son seguidos por todos harán innecesarias las admoniciones del Nuncio, Prelados y demás autoridades que se oponen, con todo derecho, al desvalijamiento de las iglesias, que llena cada día las tristes actualidades de España.

No todo es conocido en materia de cosas artísticas de la Diócesis y lo desconocido no pudo ser reclamado para la Exposición. Para lo conocido, faltó, en lo tocante a muchas iglesias, comodidad y tiempo para pedir y para recoger. Aún, de lo que se pensó que figurase en la Exposición, dejaron incumplida, por unas u otras razones, la oferta que hicieron las parroquias de Pesquera de Duero, Boadilla del Camino, Fompedraza, Villamorco, Miñanes, Villamuera de la Cueza, Cubillas

de Cerrato, Barruelo del Valle, Lantadilla, Padilla de Duero, Guaza, Langayo, Prádanos de Ojeda, Carrión de los Condes, Villavega de Castrillo, Castrillo de Onielo, Torre de Esgueva, Castroverde de Esgueva, y algún otro.

La selección llevada a término por los muy competentes señores que tuvieron la abnegación de recorrer personalmente la Diócesis para la recolección de objetos, hubo de prescindir de algunos que siendo valiosos no tenían, sin embargo, el tono que se consiguió para esta fiesta cuya característica fué la exquisitez.

No ha sido catalogada, numerada, ni reseñada la Exposición Diocesana de Arte Retrospectivo de Palencia y no podemos sino ofrecer un índice incompleto, fiado a la memoria y a notas apresuradas, clasificados los objetos por las localidades que los conservan y que los conservarán con la protección de la Providencia que es amiga del Arte porque representa y sirve a su belleza.

Y es como sigue, continuando la numeración comenzada en las tapicerías:

Ampudia

12. *Un cáliz gótico-florido*, con el escudo, en esmalte, de los Duques de Alba, que le donaron en los buenos días de la casa ducal.

13. *Una custodia*, rica y armónica.

14. *Cruz parroquial,* del renacimiento, con medallones.

15. *Alto-relieve* de la Santisima Trinidad.

16. *Tríptico gótico* que representa la Santa Cena.

17. *Un guadamacil.*

Amusco

18. *Cruz parroquial,* suntuoso y admirado ejemplar gótico del siglo XVI.

Astudillo

19. *Cáliz plateresco,* del siglo XVI.

20. *Custodia,* del siglo XVI.

21. *Cruz románica,* procesional, que es una de las más hermosas reliquias del siglo XIII.

22. *Custodia gótica,* de plata dorada, del siglo XV.

23. *Dos crucifijos,* del siglo XIII, con esmaltes sobre cobre.

24. *Un cuadro en cobre,* que representa al Ecce-Homo.

25. *Frontal de altar, en tabla,* del siglo XV, con los Evangelistas.

Autilla del Pino

26. *Un tríptico,* muy bueno.

Bahillo

27. *Cruz procesional de plata,* con maza, gótica, del siglo XV. Es una de las más hermosas de la Exposición.

Baños de Cerrato

28. *San Juan Bautista,* escultura, en alabastro, que hace muchos años es objeto de comentarios críticos divergentes, por su relación con la Basílica del rey Recesvinto, de donde procede; pero de todos modos de gran interés arcáico.

29. *Cruz parroquial,* del Renacimiento.

30. *Bandeja gótica,* de cobre repujado, con la escena del pecado original y con leyenda gótica también. De como estimaban estas joyas los servidores de las iglesias es muestra el que este precioso plato limosnero, sirvió muchos años para recoger las barreduras de la iglesia.

Barcenilla

31. *Una Virgen,* en escultura gótica.

Becerril de Campos

32. *Cáliz plateresco,* del siglo XVI.

33 a 39. *Dos grandes tablas góticas,* de 1'60 metros de altas. Consérvanse en el Museo del Palacio Episcopal.

Cáliz de estilo herreriano, con esmaltes,
de Itero de la Vega

Dos tablas góticas, «La Circuncisión» (O. 78 ms.) y «La Presentación de la Virgen en el Templo» (O. 85 ms.), atribuidas a Pedro Berruguete.

Tres tablas góticas, cuyos asuntos son «El Nacimiento de la Virgen» (O. 85 ms.), «Los Desposorios de la Virgen» (O. 85 ms.) y «La Huida a Egipto» (O. 90 ms.)

Castrillo de Villavega

40. *Un cáliz gótico,* con hornacinas y estatuitas.

Castromocho

41. *Una macolla de cruz parroquial,* de excelente labor.

42. *Un cuadro de cobre repujado,* que representa el martirio de San Esteban.

43. *Dalmática del siglo XVIII,* de terciopelo encarnado.

Cevico de la Torre

44. *Un cáliz del Renacimiento.*

45. *Un cofre,* con relieves de la vida de San Martín.

Dueñas

46. *Cáliz de plata dorada,* del siglo XVI, con su copa-cubierta. Fué regalo de los Condes de Buendía, señores de Dueñas y Tariego.

47. *Porta-paz gótico,* de plata dorada con relieve que representa La Piedad.

48. *Gran cruz parroquial,* de estilo gótico florido.

Encinas de Esgueva

49. *Una talla de la Virgen.*

50. *Cruz parroquial,* del Renacimiento.

Espinosa de Villagonzalo

51. *Una casulla.*

Fombellida

52. *Un guadamecil,* dorado.

Frechilla

53. *Cáliz gótico,* de plata dorada, con cubierta de plata dorada, del Renacimiento.

54 y 55. *Dos pinturas góticas,* en tabla, que representan «El Salvador» (O. 93 ms.) y «El Calvario» (O. 87 ms.) Custódianse en el Palacio Episcopal.

Frómista

56. *Custodia gótica,* del siglo XVI.

Fuentes de Nava

57. *Un tríptico,* del Renacimiento, presentado por D. Abilio Rodríguez, de Palencia.

Escultura de Santa Ana, la Virgen y el Niño, procedente del Convento de San Francisco-Museo Episcopal

Gatón de Campos

58. *Un cáliz ojival,* de plata dorada.

Grijota

59. *Dos grandes estatuas,* de madera, muy bellas aunque deterioradas. Pertenecen al mejor periodo de transición del románico al gótico y representan, respectivamente a San Juan y a la Virgen. Proceden sin duda de un Calvario de importante retablo y se guardan en el Museo Episcopal.

Husillos

60. *La famosa Virgen-relicario,* de cobre esmaltado, del siglo XII. Es, por antonomasia, la joya arqueológica de la Diócesis. Muy estudiada y descrita por los críticos castellanos, tiene la dulce serenidad y el prestigio técnico de la mejor época de la orfebrería de Limoges.

En las vitrinas de honor de la Exposición Diocesana de Burgos, celebrada poco después de la nuestra, en el sancta-sanctorum de aquella copiosa exhibición en la que se catalogaron bastantes más de mil objetos preciosos, atraía todas las miradas, entre los ricos objetos de Palencia que dieron el mayor prez a aquellas inmensas salas, esta soberana escultura que, afortunadamente, se

guarda, libre de todo riesgo, en el Palacio Episcopal de Palencia.

Itero de la Vega

61. *Un cáliz gótico.*

62. *Un cáliz del Renacimiento*, de poco común, traza herreriana.

63. *Dos tablas góticas.*

64. *Casulla de terciopelo encarnado,* del siglo XVI.

Manzanillo

65. *Cruz parroquial,* plateresca, de plata repujada, sin dorar, profusa y finamente labrada y cincelada (un metro por O. 62.) Lleva la firma

P A
R E D S

En el anverso un hermoso Crucifijo. En el reverso la Asunción con atributos de Purísima.

La macolla tiene dos cuerpos: en el inferior pasajes de la vida de la Virgen: en el superior seis Apóstoles. En la engastadura de la Cruz con la macolla se reproduce la firma y el *escudo* de Palencia.

Es uno de los más suntuosos ejemplares de la Exposición y un documento nuevo e inapreciable para la historia de la platería palentina.

Osornillo

66. *Crucifijo de cobre esmaltado,* del siglo XIII.

Osorno

67. *Custodia del Renacimiento,* del siglo XVI.

Palencia

DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

68. *Custodia gótica magnificente,* que fué de Villasilos.

69. *Cruz parroquial,* del Renacimiento.

70. *Cáliz plateresco,* siglo XVI.

71. *Cáliz plateresco,* siglo XVI.

72. *Cáliz gótico,* del siglo XVI.

73. *Caja de plata cincelada,* plateresca.

74. *Viril de la Custodia,* de Juan de Benavente (1585), tan prodigioso como la Custodia, del mismo artífice.

75. *La gran Custodia,* de Juan de Benavente (1585), uno de los más suntuosos ejemplares de la orfebrería española.

76. *El Templete,* y *el Carro* (el «carro triunfante») de la Custodia, magníficos, aunque decadentes.

No comentamos como se merecen estas grandiosas obras, sobre todo en su comparación con

las de los Arfes, porque son muy conocidas y hay sobre ellas buenos estudios y monografías.

77. *Un viril,* gótico florido.

78. *Arca de plata,* obra de Gaspar Pinto, artista palentino.

79. *Pixide bizantina,* de cobre esmaltado. Es una maravilla de gusto delicado, románica con influencia oriental y una de las mejores piezas de un género de que se conservan tan escasos ejemplares. Una lámina que lleva este libro dará muy exacta idea de esa alhaja.

80. *El terno* llamado de Fray Alonso de Burgos, Obispo de Palencia.

81. *Casulla,* de terciopelo encarnado.

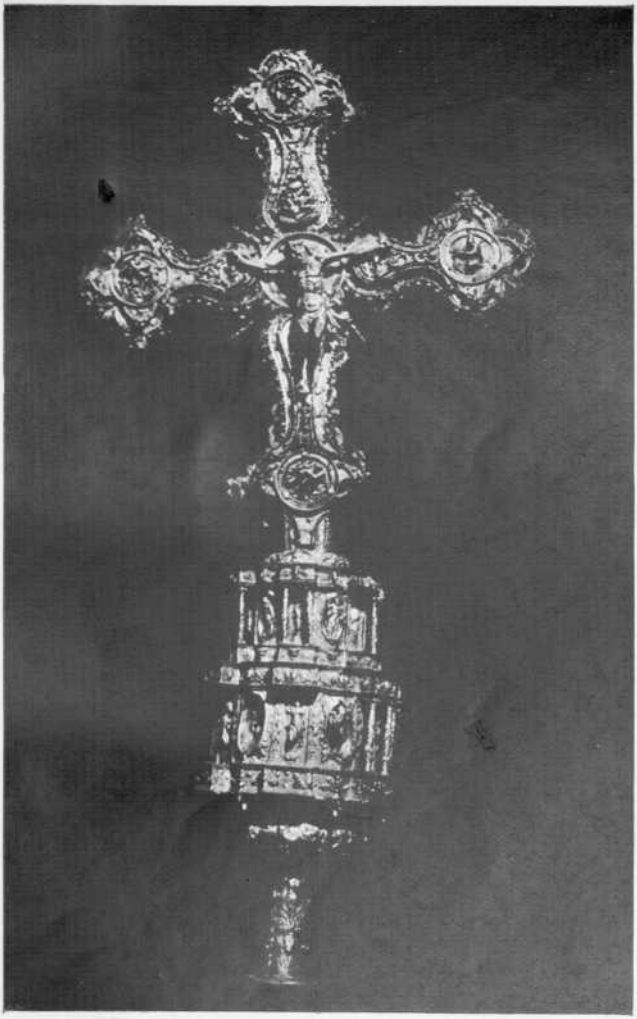
82. *Casulla blanca,* en oro y seda.

83. *Dos ínfulas de mitra,* manípulos o estolas (que todo ello puede ser) de brocado bordado, bizantinos, de lo más primitivo que se conoce en estofas del culto. Las artes textiles suntuarias tienen en ellas un ejemplar tan bello como secular.

84. *Una casulla,* del siglo XVI.

85. *El terno llamado de los Racioneros,* bordado en Valladolid en 1580.

86. *Terno llamado de Cabeza de Vaca,* obra de bordadores palentinos del siglo XVI, con el blasón del Obispo que le costeó. Está labrado en sedas y oro y es uno de los juegos de ropas más suntuosos del Renacimiento.



87. *Dos cuadros sobre alabastro,* pintados en el anverso y en el reverso. Pertenecen a la Sacristía.

88. *Una estatua de San Matías.*

89. *Escultura de Santa Ana enseñando a leer a la Virgen que tiene el Niño,* en esa composición que tanto se prodigó en el goticismo. Es del siglo XV y procede del Convento de San Francisco de Palencia. Guárdase en el Palacio Episcopal.

90. *Un frontal blanco,* bordado de pájaros y flores en sedas.

91. *Un frontal de flores de lis.*

92 y 93. *Dos frontales,* de terciopelo y seda.

Todos estos frontales de altar son unos pocos de la gran colección que posee la Catedral, entre ellos el de plata repujada del altar de San Antolín, pieza amanerada, pero rica.

94. *Un guadamacil,* de cuero repujado.

95. *Dos tablas flamencas,* de Juan de Flandes. Representa «La Piedad» y «El Descendimiento».

DEL MUSEO EPISCOPAL

Ya hemos hecho constar esa procedencia en objetos que figuran anteriormente. Vamos a reseñar los restantes del envío de ese importante Museo que, aunque en formación, contiene ya piezas tan interesantes como las que siguen.

96. *Una escultura* que representa un personaje indeterminado. Lleva un collar a modo de Toi-

són y no se puede determinar si es figura religiosa o profana.

97. *Una Concepción*, en talla.

98. *Otra imagen de la Virgen*, en escultura.

DE LA PARROQUIA DE SAN MIGUEL

99. *Custodia plateresca*, muy notable.

DE LA PARROQUIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA CALLE

100. *Bajo relieve de alabastro*, con la Virgen y el Niño. Siglo XVII.

DEL CONVENTO DE RELIGIOSAS CANÓNIGAS DE SAN AGUSTÍN

101. *Jesús muerto, en brazos de la Virgen.* Excelente pintura castellana, atribuída a Morales, el Divino.

102. *Un cáliz del Renacimiento.*

Palacios del Alcor

103. *Capa pluvial* del siglo XV, de terciopelo azul, con escudo bordado.

Paradilla

104. *La prebela* (2'62 metros) especie de frontal de altar que probablemente era la base de un

políptico. De este pueblo desaparecido, solo resta un castillo en ruinas, del siglo XII; y este objeto, perteneciente a una remota época en que había en Paradilla vecindario y culto, corresponde, pues, al primer periodo del gótico. Lleva pintada la Santa Cena y, a un costado, el Prendimiento.

Paredes de Nava

105. *Custodia del Renacimiento.*

106. *Un cáliz ojival.*

107. *Un tríptico*, que representa la Adoración de los Pastores.

Piñel de Abajo

108. *Una cruz parroquial.*

Medina de Rioseco

109. *Una talla, del Santo Entierro.*

110. *La grandiosa custodia* de la iglesia de Santa Clara, obra de Antonio de Arfe, en el siglo XVI. Es una de las mejores orfebrerías españolas, digna de aquella estirpe de cinceladores que llenó con sus obras tantas iglesias españolas, en la época más explendente del Renacimiento. En el interior de la prolija arquitectura de esa custodia, cuatro sacerdotes del Templo de Jerusalén, entallados como piedras preciosas, conducen el arca de la

Alianza y delante de ella el rey David danza y entona los salmos triunfales en el arpa profética.

111. *Un arca japonesa, de marfil.*

112. *Un alto relieve,* con la Adoración de los Pastores.

113. *Cruz parroquial,* gótica.

114. *Un viril de corales,* del Renacimiento.

San Cebrián de Campos

115. *Porta-paz,* gótico.

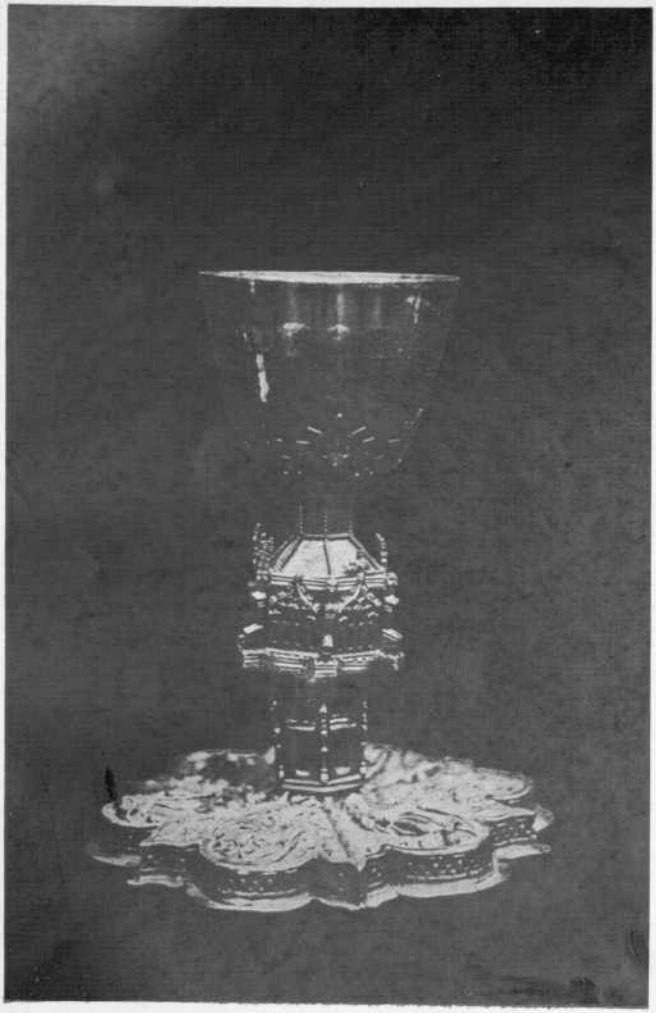
Santillana de Campos

116. *Un Ecce-Homo,* en cobre.

Santoyo

117. *Cáliz gótico,* obra del platero palentino Juan de Medina, cuya es la marca que lleva, ahora por primera vez escudriñada. En la base campea esta inscripción: «Este cáliz mandó Diego Gómez, a Santa María de Torre porque le hagan un aniversario en cada año para siempre por su alma el día de San Juan.»

Los antiguos creían en la inmutabilidad de muchas cosas, entre ellas en la perpetuidad de los aniversarios. Como fundaban y edificaban crédulamente para la eternidad, de aquí la fortaleza perdurable de las cosas de Arte, labradas en piedras, en bronces, en metales preciosos. Así igualmente



BIBLIOTECA PÚBLICA
PALENCIA

creían en la inmanencia de las instituciones. Gracias a este anhelo de persistir vemos hoy este cáliz, el más bello, sin duda, en sus sóbrias lineas góticas, de cuantos figuran en la admirable serie reunida en esta Exposición. Es un cáliz muy evocador de los tiempos recios en que la Iglesia era también caballeresca y peleadora.

118. *Un cáliz del Renacimiento,* con ostensorio.

119. *Casulla de terciopelo encarnado,* de Ambrosio de Espinosa y Juan de Azao, siglo XVI.

120. *Casulla verde,* del siglo XV.

Támara

121. *Dalmática azul,* del siglo XVI.

122. *Casullas,* del siglo XVI.

123. *Dalmática,* del siglo XVII.

Valdeolmillos

124. *Cruz románica de cobre,* del siglo XI, magnífico ejemplar del llamado tipo bizantino.

125. *Una casulla encarnada.*

126. *Cruz parroquial gótico-florida.*

Valdespina

127. *Ropas,* del siglo XVI.

128. *Cruz parroquial plateresca,* del siglo XVI,

cincelada por Juan Pérez Quijano, orfebre palentino.

Vertabillo

129. *Cáliz gótico,* del siglo XVI.

Villagarcía de Campos

130. *Dos guadamaciles de cuero policromado.*
131. *Un crucifijo de marfil.*

Villamediana

132. *Casulla de terciopelo encarnado,* con imágenes bordadas en oro y sedas, siglo XVI.
133. *Capotillo de paño rojo,* bordado en plata.

Villarramiel

134. *Cáliz de plata dorada,* del Renacimiento.

Villasabariego

135. *Una casulla,* de terciopelo encarnado, con tarjetones bordados en oro y seda. Representa la Asunción, la Purificación, la Huída a Egipto, San Miguel, San Cipriano y Santa Lucía.
136. *Cruz parroquial,* del Renacimiento.

Villasirga o Villalcázar de Sirga

137. *Un cáliz gótico florido.*
138. *Una custodia ojival.*
139. *Un portapaz del Renacimiento,* con la Virgen y el Niño.
140. *Capa morada,* bordada en sedas y oro, del siglo XVI.
141. *Dos planetas* (casullas de una sola halda.)

Villaumbrales

142. *Un cofre,* de concha o asta de búfalo con herrajes de plata.
143. *Un paño de púlpito,* encarnado, con imágenes, bordado en oro y sedas.

Todos los objetos enviados y algunos que no constan en este índice provisional, merecían una reproducción gráfica, así en el grandioso conjunto de la Exposición, como individualmente, para recuerdo de una ocasión que ha juntado cosas que sabe Dios cuando volverán a reunirse. Muchas dificultades, evitables las más, lo han impedido. Escogidos acá y allí, al azar, campean a lo largo de este libro unos cuantos grabados inéditos los más, que por su breve muestra pueden decir, sin embargo, cuál fué la Exposición Diocesana de 1921. Notabilísimas cosas llevó Palencia a la Exposición

Histórico-Europea del Centenario de América, notabilísimas las otras diferentes que hemos agrupado en este Centenario de la Catedral. El día en que los medios económicos y el entusiasmo de los palentinos permitan hacer una verdadera y completa Exposición arqueológico-artística, sacará a luz la tierra palentina tesoros insospechados.

La Exposición ha sido poco visitada. No hay en las clases sociales educación estética ni educación histórica. Estas ejecutorias de su pasado no les impresionan y en nombre del más estúpido de los utilitarismos desdeñan las grandezas pretéritas. Los que no han visitado esta Exposición desconocen que no hay progreso que no deba apoyarse en los ideales tradicionales de la raza y que no tendrán personalidad en el futuro los pueblos que no son fieles a su colaboración en la vieja cultura ¡tan creadora de cultura como fué la España de abolengo!

Hemos vuelto al interior de la Catedral, huyendo de las frivolidades de los tiempos presentes y hemos querido conversar con las cenizas de los protectores de la Catedral cobijadas en los suntuosos sepulcros de las naves. Ellas comprenden la situación de nuestro ánimo, porque los allí sepultados fueron los magníficos señores y los nobles eclesiásticos que acapararon las artes de los siglos pasados para glorificar la Iglesia.

Allí está el deán D. Diego Enríquez, hijo natural del Almirante D. Fadrique. Allí está el Abad de Husillos D. Francisco Núñez de Madrid. Allí el canónigo Arce, Abad de San Salvador de Cantamuga. Allí el Abad de Campos D. Diego de Guevara. Allí la Reina de Navarra D.ª Urraca. Allí otros canónigos y Obispos, mecenas de las obras catedralicias.

A un costado de la girola del Sacramento se halla el sepulcro de D.ª Inés de Ossorio, el tipo de la dama linajuda, toda espíritu, que tanto se dió en otros tiempos y tanto contribuyó al esplendor del arte cristiano. Vivía a últimos del siglo XV; era sobrina del Obispo de Zamora D. Pedro Acuña, el de las Comunidades; dejó todos sus bienes, que eran muchos, y todas sus joyas «y un caldero de plata» para construir el crucero de la Catedral y para el retablo de la capilla del Sacramento «y para las capas blancas.» Formó parte de una Junta de Defensa de Palencia, que la constituían con ella D.ª Beatriz Enríquez, hija del Almirante, más uno de los cinco arcedianos de la Catedral y otros personajes de cuenta. Se conoce que las revueltas de los tiempos, la lucha que aquí en Palencia había entre el poder real y el episcopal, las diferencias entre los nobles y el Concejo la hicieron necesaria.

El mausoleo, de recio tipo gótico, con un escudo de lobos y roeles, erigido por el Cabildo agradecido,

se aviene muy bien con las antigüedades que hemos visto en la Exposición Diocesana. El «bulto» es de madera y tiene a sus pies una doncella, tallada con simpática simplicidad. Al salir a la luz y al ruido de las calles por donde bufan los automóviles y se tienden los hilos telefónicos y lucen los focos incandescentes, yo dedico esta crónica de la Exposición Diocesana a la memoria de la rica hembra D.ª Inés de Ossorio.

RAFAEL NAVARRO

C. de la R. Academia de S. Fernando

SP - 33